

GPS-155-F

Mirandolina
(mecnografiado)

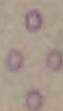
M I R A N D O L I N A

Adaptación lírica de LA LOCANDIE-
RA, de Goldini. En tres actos, en
verso, precedidos por un prólogo.
Libro de GUILLERMO FERNANDEZ-SHAW.

Guillermo Fernández-Shaw.

MIRANDOLINA

ACTO PRIMERO.

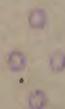


CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

PERSONAJES

MIRANDOLINA, posadera.
HORTENSIA, cómica.
DNYANIRA, cómica.
EL CABALLERO NIFEFRATTA.
EL MARQUÉS DE PERLIPOLIS.
EL CONDE DE ALBAFLORIDA.
FABRICIO, camarero.
CAYETANO, criado del Caballero.
GABRIEL, criado del Conde.

La acción transcurre en Florencia, en la posada de Mirandolina, Segundo tercio del siglo XVIII.



PRÓLOGO

En primer término, una cortina de color neutro, que permite destacar bien los vivos tonos con que se muestran los personajes que van surgiendo a la luz de la batería. Estos siete personajes que, sucesivamente, irán haciendo su presentación, llevarán los tobillos, las muñecas y el cuello (éste, por su parte posterior), prendidos con cintas de colores, - cinco, pues, por cada personaje, - que se perderán hacia lo alto de la embocadura; de tal modo que han de dar los artistas la sensación de estar sujetos desde arriba por grandes anenos invisibles que con estas cintas los mueven. Antes de aparecer esta cortina, han sonado, a la manera clásica teatral, tres golpes de aldaba, que marcan el principio del espectáculo. El telón se eleva; y, ante la cortina, por la derecha, sale FABRICIO, con su indumento de mozo de posada.

- M U S I C A -

FABRICIO. -

Va á comenzar

la representación.
Sonaron ya
los golpes de aldabón;
y es el deber
de todo conediante
desarrugar,
si puede, tu semblante.

MARQUES.-

(Por la izquierda. Viejo.
(con vestiduras ricas; pero
sobrias.

No he de faltar
mi tipo de Marqués
con vanidad
de ser lo que no es.
Por inferrón
mereceré un castigo;
pero el rapé
será siempre conmigo.

BEYAMIRA.-

(Joven y agraciada: Con el
(mismo traje de dama que he
(de lucir luego.

Con mucho miramiento
y con cuidado
debo ocultar mi nombre
de tablado.

Pasitos y saludos
de señora
y frases de elegancia
seductora.

CONDÉ.-

(Por la izquierda. Joven y
(afectadamente distinguido;
(con ostentosa vestimenta.

Simado por la suerte,
considero
que todo lo consigo
con dinero.
Teniendo a la fortuna
de aliada,
mi vida es una senda
despejada.

(Tanto los personajes que se
(hallan en escena como los
(dos que aún se han de pre-
(sentar, -antes de la apari-
(ción de la protagonista,-
(cuando dejan de cantar, de-
(jan también de actuar, que-
(dando quietos, en actitud
(de marionetas sin vida.

ROFENSIA.-

¡Qué fácil es
vivir una ficción,
si brilla de
la representación!

Poder fingir
finisimos modales
y recibir
lisonjas señoriales.

CABALLERO.-

(Por la izquierda. Arrogante
(y buen mozo. Vestido con ri-
(queza y sencillez.

Me valga o no,
mi norma es la verdad
sin más virtud
que mi sinceridad.
Por convicción
miséramo sufrido,
jamás tendré
los riesgos del marido.

LOS SEÑS.-

(Recobrando sus movimientos)

¡Y cada cual
dará a su tipo vida
para servir
la farsa divertida!

(La cortina se abre por el
(centro y deja paso a la
(gentil MIRANDOLINA, atavia-
(da con su llamativo indumen-
(to de posadera.

MIRANDOLINA.-

(Quedando embebecida de los

(otros seis personajes.

¡Oh, mis Madonnas!

¡mió desengaño!

¡fronto olvidásteis

vuestra vecinas:

(Con doble reverencia a uno
(y otro lado.

la que regenta

vuestra posada.

LOS DE LA DERECHA.- ¡Mirandolina!

LOS DE LA IZQUIERDA.- ¡Mirandolina!

- -

MIRANDOLINA.- La que aianosa
caida de todos:
vuestra maestra,
vuestra criada:
la diligente,
la primorosa,
la divertida,
¡la respetada!

La que en amores
y en amorfos
es bachillera
y es graduada.

Y por vosotros,
-¡pobres muñecos!,-
es perseguida
y es respetada!

¡Muñecos! Somos muñecos
movidos por el telar
de la Comedia del Arte
de la Italia señorial.
Muy caduca y muy moderna,
nuestra farsa intentará
iluminar con sonrisas
vuestra sensibilidad.

(Mientras que la orquesta repite
(te el primer tomo de Mirando-
(line, hacen los personajes
(s acillas evolucionan.

LOS SEIS.- Mirandolina,
la posadera
con que Goldoni
nos regaló,
será en buena hora
nuestra madrina
que sapere y guie
nuestra ficción.

MIRANDOLINA.- ¡Muñecos! Somos muñecos

movidos por el telar
de la Comedia del Arte
de la Italia señorial.

TOCOS.-

Muy caduca y muy moderna,
nuestra farsa intentará
iluminar con sonrisas
nuestra consabididad.

(El telón desciende sobre es-
te conjunto. Si se levanta
para que los artistas sala-
den, éstos lo harán como un-
necqa, obedientes a las ór-
denes de colores.

=====

ACTO PRIMERO

Sala de la posada de Mirandolina. A derecha e izquierda, entradas a dos aposentos. En el fondo, otra puerta que comunica con pasillos que conducen al exterior. La estancia estará formada con cortinas de color amarillo pajizo, sobre las cuales resaltarán dos consolas, una pernicepía, un espejo y un cuadro al óleo. Un tréscio y unas sillas de época, convenientemente colocados. Una mesa, en el centro.

(En escena, sentados en el sofá y en una butaca, el MARQUÉS y el CONDE. Aquel aspira polvos de rapé; éste lee en un libro pequeño, que luego deja en la mesa. (Ni estos personajes ni ningún otro de la farsa, se hallan ya cautivos por las cintas de que, en el trólogo, participan)

- M U S I C A -

CONDE.-

¡"Arte de mar"! ¡

Lo dice Ovidio.

¡Oh, gran maestro!

Adoro tu latina.

MAR JES.-

(Estornudando)

¡Atchís! ¡Atchís!

¡Qué cosquilleo!

¡Cómo despeja!

¡Atchís! ¡Atchís! ¡Atchís!

(Del aposento de la izquierda sale FABRICIO, al mismo tiempo que MIRANDOLINA por el fondo. Ella trae un plumero de largas plumas y otros útiles de limpieza: sí, una blanca jofaina y un cubo.

MIRANDOLINA.-

(Al criado, sin parar dientes en los dos caballeros, que al verle se han puesto de pie.

Fabricio, corre,

no te detengas!

Sigue mi ejemplo:

prosperarás.

Nada aprovecha

como el trabajo...

si tienes ganas

de trabajar.

FABRICIO.-

¡Buena mañana

La que tenemos,
tras el capricho
de cada cual!
Sirve que sirva,
limpia que limpia,
sin detenernos
ni aquí ni allá.

MIRANDOLINA.- Sube, baja,
sigue, vuelve;
¡con paciencia,
como yo!

FABRICIO.- Subo, bajo,
sigo, vuelvo...
¡Ay, quién fuese
como vos!

(Mirandolina pasa ante el
Marqués y el Conde, cuyos
rostros acaricia con el plu-
mero, mientras que, al pasar,
les dice respetuosamente:

MIRANDOLINA.- ¡Perdón! ¡Perdón!

(Otra vez a Fabricio, que
ha quedado ahora a su dere-
cha.

¡Fabricio, vamos!

Que la pereza

nos acobarda
no sé por qué;
y estos señores
no tienen culpa
de que tengamos
tanto que hacer.

FABRICIO.-

Para el trabajo
soy una fiera;
para el servicio
soy un lebrón;
pero ante el fuego
de vuestros ojos,
me atemorizo
no sé por qué.

MIRANDOLINA.-

¡Vamos, cállate!
¡Buena es ésa!

FABRICIO.-

Sólo digo
la verdad.

MIRANDOLINA.-

¡Chito y chito!
¡Y al trabajo!

LOS DOS.-

(Cada uno con su expresión)

¡Qué placer
es trabajar!

(Hacen mutis los dos: Fabri-
cio por el fondo y Mirando-)

(lira por la derecha. Ella,
(antes de desaparecer, se
(vuelve hacia el Marqués y
(el Conde, que la han segui-
(do como unos perrillos fal-
(deros.

MIRANDOLINA.- ¡Perdón! ¡Perdón!

¡Otra vez será!

(Y se va, tras una reverencia)

=====

- H A B L A D O -

CONDE.- ¡Primorosa!

MARQUES.- ¡Deliciosa!

Me prefiera... ¡y hece lícal!

CONDE.- ¿que os prefiera?

MARQUES.- ¡Ya lo creo!

CONDE.- Pues no comprendo por qué.

MARQUES.- Soy el marqués.

CONDE.- ¡Soy el conde!

Y llevo a vuestre merced
la ventaja del dinero.

MARQUES.- Con lo cual no negaréis
que comprásteis el condado.

CONDE.- El día en que vos, marqués,
el marquesado vendieris

para tener que comer.

MARQUES.- ¡No agraviáis!

CONDE.- Perdon os pido.

MARQUES.- Todo el mundo sabe que
estoy en esta posada
por mi amor a esa mujer,
a quien habéis de tratar
con más respeto.

CONDE.- ¿Eso es
impedir que la corteje?
Pues no lo conseguiréis:
si vez aquí estáis por ella,
¡por ella estoy yo también!

MARQUES.- ¡Fracasaréis!

CONDE.- ¡No veremos!

MARQUES.- Esa chica ha menester
de protección.

CONDE.- ¡De monedas!

MARQUES.- Yo también se las daré.
¿Qué os figuráis? La regalo
tanto como vos.

CONDE.- Sí, ¿eh?

Los camareros le cuentan.
Os gastáis con ella seis

reales al día.

(Ríe)

MARQUES.-

(Enojado)

¡Conde!...

De camareros no habláis;
que éste que ahora le sirve,
como habéis pedido ver,
la mira con buenos ojos.

CONDE.-

Fues que se case con él.
¡No estaría mal! Seis meses
lleva huérfana. Tened
presente que una muchacha
libre y sola, no está bien.
Yo, si se casa, trescientos
escudos le entregaré.

MARQUES.-

Yo le daré... lo que sea.

CONDE.-

(Riendo)

¡Consejos!...

MARQUES.-

(Otra vez indignado)

¡Vos no sois quién
para dirigir mis actos!
¡Fues, hombre!...

CONDE.-

No os enfadáis.

Podrís darle, si se casa,

¡un poquito de respeto!

(El Marqués va a contestar al-
(redo a su rival, a punto de
(que sale por la izquierda al
(CABALLERO.

MARQUÉS.- ¡Insolente! ¡Más respeto!...

(Persigue a su interlocutor,
(que se apocriba a su defensa.

CABALLERO.- ¿Qué ocurre? ¡Conde! ¡Marqués!...

¿Dos excelentes amigos
questionando? No ha de ser
en mi presencia. ¿La causa?...

CONDE.- Fátíl; ridícula es.

MARQUÉS.- ¿Ridícula? ¡No le admito!

CONDE.- El señor, como un doncel,
se enamoró de la linda
posadera; yo, más que él,
prendido fui por sus redes;
y él pretende que por ley
de su nobleza, la hermosa
le debe corresponder,
cuando yo, al contrario, pienso
que, en pago a mi espléndido,
debo ser el preferido.

CABALLERO.- Pues los dos erráis.

MARQUES y CONDE.-

¿Qué?

CABALLERO.- Que vuestras mercedes son
dos tortelillos sin hiel
que, como dos mozaibetes,
ríen... por una mujer.

CONDE.-

¡Oh, no! ¡Por Mirandolina!

MARQUES.-

Sal y azúcar, ¡vino y miel!

CABALLERO.-

Mujer, al fin. Permitidme
que le otorgue mi donación.

- M U S I C A -

CABALLERO.-

¿Una mujer así es altera?
¿Qué ganas siento de reír!
Esta sería la primera
que a su placer no se quisiera
divertir.

Es el diablo sugestivo:
Evo fatal... ¡la tentación!
Sin fundamento y sin motivo,
en cada pecho hace un cautivo
de corazón.

- -

Mujer:

en lo más hondo de mi ser
he llegado a odiarte;

jamás
con tu lenguaje alcanzarás
eco de mi parte.
De ti
nunca aspiré el aroma embriagador,
pues sé
que guardas en tu seno
el infernal veneno
del amor.

MARQ. y CONDE.- Si no os habéis enamorado,
vuestras palabras huecas son.

CABALLERO.- Cuantas mujeres me han mirado,
sin darse cuenta, han reforzado
mi opinión.

Su genio es algo impenetrable;
loco turbión, su vanidad.

Lo más ingenua y adorable
es para el hombre insoportable
enfermedad.

= =

Mujer:
en lo más hondo de mi ser
he llegado a odiar;
jamás

con tu lenguaje alcanzarás
eco por mi parto.
De ti
nunca aspiré el aroma embriagador,
pues sé
que guardas en tu seno
el infernal veneno
del amor.

- H A B L A D O -

MARQUES.- Decís cuanto decís, amigo mío,
porque a Mirandolina
no conocéis apenas.

CONDE.- ¡Es divina!
Excepcional, ¡perfecta! Yo es lo fío.

MARQUES.- ¡Cuando yo me he prendado!...

CABALLERO.- (Riendo)
¡Infelices! Perdonen que me ría.
¿Qué tiene esta mujer tan desusado?

CONDE.- ¿Qué tiene? Simpatía...

MARQUES.- Berosura, candor...

CONDE.- Gusto, monada...

MARQUES.- Talento... y, además...

CABALLERO.- ¡No sigáis! En tres días de pasada

ya he visto que esa... niña idolatra
es una... como todas las demás. ^{da}

CONDE.- Tratadla.

CABALLERO.- ¡Qué locura!

MARQUÉS.- Yo, entre muchas señoras principales,
jamás vi tan donosa compostura.

CONDE.- No son todas iguales;
¡no señor! Que, por más que le prod-
mis atenciones, la cortejo en vano.⁸⁰
La regalo, la abrumo... ¡y no consigo
ni tocarle una mano!

CABALLERO.- Arte sutil; ¡simbólico ejemplar!
De mí no logrará ni un mal botón.

MARQUÉS.- Y, con tal aversión
a la mujer, ¿no os inquietó pensar
que os pudiérais quedar sin sucesión?

CABALLERO.- Fuese ni sin así transijo.
Es muy duro saber
que para un día disfrutar de un hijo,
¡primero hay que aguantar a una mujer!

(Por el fondo llega MIRANDA-
LINA.)

MIRANDA LINA.- Ya volví... No tendrán queja de mí.
Buenas tardes, señores. ¿Qué desean?

MANQUEZ.-

(Meloso)

Yo deseo de ti; pero no a ti.

CONDE.-

A mí nada me importa que me vean.

(Saca un estuchito, que abre
(y muestra a la posadera.

Mirad estos pendientes.

MIRANDOLINA.-

¡Qué bonitos!

CONDE.-

¡Diamantes!

MIRANDOLINA.-

¡Sí! Dos gotas de rocío.

CONDE.-

Vuestros son desde ahora.

MIRANDOLINA.-

¡Qué ilusión!

(Los toma; pero simulando arre-
(pentirse y se los ofrece al
(Conde.

Pero, mejor diré "¡qué desvarío!"

Yo no puedo aceptar lo que no es mío.

CONDE.-

¿Me despreciáis?

MIRANDOLINA.-

No es esa mi intención.

Si lo vais a tomar como desvío,

los tomo, como prueba de perdón.

(Guárdase el estuche en el bol-
(sillito de su delantal y he-
(ce una fina reverencia.

CABALLERO.-

(¡Astucia! Y, sobre todo, hipocresía.)

CONDE.-

¿Qué me decís, señor, de su gracejo?

MANQUEZ.-

(Coloco, al Conde)

¡De vuestra vanidad!

CONDE.-

¡Mira el viaje!...

CABALLERO.- Que es tal y como yo la suponía.

MIRANDOLINA.-

(Iniciando el canto hacia el fondo.)

Si nada más quieren de mí...

CABALLERO.-

(Destemplado) ¡Patronal!

Las sábanas que tengo son peores
que las de un mal mesón.

MIRANDOLINA.-

¡Santa Madonnal!

CABALLERO.- Y, si no disponéis de otras mejores,
yo ordenaré comprar las apropiadas
para mi condición.

MIRANDOLINA.- En seguida, señor, serán cambiadas
y quedará vuestra merced servido
a su satisfacción;
aunque bien pudo habérmelas pedido
con algo más de consideración.

CABALLERO.- No es menester cumplido
cuando pago a conciencia mi hospedaje.

CONDE.- Compadecidle: odia a la mujer.

CABALLERO.- ¡Tampoco compasión le menester!

MIRANDOLINA.-

(Cambiendo su tono anterior e
interfundido.)

¿Una mujer se hizo algún ultraje?

CABALLERO.- ¡Basta, señor! Cumpla su deber
y mándeme la caza.

(Entre rápido en su habitación:
la de la izquierda.)

MIRANDOLINA.- ¡Qué salvaje!

MARQUES.- Salvaje es poco: bárbaro, ¡bandido!

CONDE.- Y, sobre todo, ciego.

MIRANDOLINA.- A fé que, si no cansas, le despido.

MARQUES.- Podéis, amiga, despedirlo luego.

CONDE.- ¿Queréis dinero? ¡Yo lo supliré!

(Aparte a ella)

(Y, de paso, al marqués le dáis boleta)

MIRANDOLINA.- Gracias, señores; pero no hay por qué.

La posada, además, está completa
y no precisa ayuda pecuniaria
de tan nobles y finos protectores.

MARQUES.- (Al Conde)

¿Lo véis? La prueba la tenéis palmaria:
no necesita de vuestros favores.

Hablarle de dinero es ofenderlo.

¡Yo no la ofendo nunca!

MIRANDOLINA.- ¡Bien lo sé!

MARQUES.- Si un rubí, ni un diamante, ni una per-
la
debe esperar de mí; yo le daré...

FABRICIO.-

(Apreciación por el fondo)

Con permiso... Dos hombres han llegado,
-cada uno por su lado,-
en demanda de vuestras señorías.

CONDE.-

¿Por mí?

MARQUÉS.-

¿Por mí?

FABRICIO.-

Uno es engarzador
de joyas.

CONDE.-

(Vanidoso)

Le llamé hace días.

FABRICIO.-

Y espera vuestras órdenes, señor.

MARQUÉS.-

¿El otro?...

FABRICIO.-

El otro es...

(Después de una leve vacila-
ción.)

¡Es un sastre acreedor,
que viene en busca del señor marqués!

MARQUÉS.-

¡Desahogado! ¡Tendrá su merecido!

CONDE.-

¿Vamos?

MARQUÉS.-

¡Vamos!

(Cuando el Conde ha hecho mu-
tismo por el fondo, se vuelve
(y dice a Mirandolina.)

Después, hijita mía,

os diré cuatro cosas al oído.

MIRANDOLINA.- ¿Algo de lo que... antes me decías?

MARQUÉS.- ¡Algo y más! Si no fuese por la soga
de mi rancia nobleza, que me choga,
¿sabéis lo que yo haría... todavía?

MIRANDOLINA.- (Picara)

¿Un madrigal?

MARQUÉS.- ¡Oh, no!

(Muy expresivo)

¡Me casaría!

- M U S I C A -

MIRANDOLINA.- ¿Qué es lo que dijo?

¿Se casaría?

Mas siempre y cuando
que yo quisiera.

Es caudalosa

en fantasia;

pero no tanto

en faltriquera.

- -

¡Pobre marqués!

¿Dónde vos mendigando limosnas
de amor y desinterés?

¡Pobre de mí!

Como el pájaro libre, me acuesta
lo bello que ha de venir.

¿Qué sientes, Mirandolina?
¿Qué sientes, que así te apena?
¿Qué rabia te encorajina?
¿Qué póxima te envenena?
¿Qué acero afilado tienes
clavado en el corazón?
¡Tú, que repartes tus bienes
con toda tu abnegación!

Te hirieron,
Mirandolina,
lo mismo
que a un gorrión.

= =

(Se sienta en el brazo de
una de las butacas y mira
hacia el aposento del Caba-
llero.

¡Hombre cruel!
Tu desdén es un reto lanzado
contra una infeliz mujer.
Pero verás
que no en vano se daña y ofende
con torpe severidad.
¿Por qué de ese modo clavas
tus dardos en la mujer?

La bilis que derramabas
te tengo que devolver.
Te haré conocer el arte
que heriste con tu puñal.
Si logro a mis pies mirarte,
¡mi burla será total!

(Para sí)

Entonces,
Mirandolina,
¡tu burla
será total!



- H A B L A D O -

CARLOS MARQUEL FERNANDEZ-SHAW

FABRICIO.-

(Por el fondo)

¡Señora casual!

MIRANDOLINA.-

¿Qué hay, Fabricio?

FABRICIO.-

El hueco del aposento
del patio, es llana.

MIRANDOLINA.-

¿Qué quiere?

FABRICIO.-

Dice que vos le habéis hecho
promesa de darle otro
más capaz.

MIRANDOLINA.-

Bien que lo siento;

pero no hay más que estos cuartos,

(Por los de la derecha)

y ya sabes que los tengo
prometidos a unas damas
principales. De tu mismo
la respuesta.

FABRICIO.- ¿Y vos?

MIRANDOLINA.- Yo cuido
de dar a este caballero

(Por la izquierda)

la satisfacción que pide
de ropas para su lecho.

FABRICIO.- Mucho os interesa el huésped.

MIRANDOLINA.- Yo por todos me intereso.
Vé a tu recado.

FABRICIO.- Es que antes
teniais el buen acuerdo
de que yo sirviera a todos
los señores.

MIRANDOLINA.- Mas, con ellos,
eres algo rudo, ¿entiendes?

FABRICIO.- Y vos... amable en extremo.

MIRANDOLINA.- (Enérgica)

¡Yo sé lo que hago!

FABRICIO.- ¡Bien!

Buscad otro camarero.

MIRANDOLINA.- (Más cariñosa)

¿Te has disgustado?

FABRICIO.- No olvido

lo que vuestro padre, a tiempo
de morir, nos dijo.

MIRANDOLINA.- ¡Exacto!

Yo le daré cumplimiento
cuando decida casarme.
En tanto, ¡dójeme!

FABRICIO.- Pero

ved que yo tengo la piel
muy delicada y no puedo
sufrir ciertas cosas.

MIRANDOLINA.- ¿Cómo?

¿Por quién me tomas, mostrenco?

¿Una coqueta? ¿Una loca?

¿Un turbión? ¡Nada de eso!

Si trato bien a mis huéspedes,
es por conservar el crédito
de la posada. ¿Regalos?

Ni los busco ni los tomo.

¿Amor? Con uno se basta
y ese ya sé que lo tengo.

Cuando casarme resuelva,
no me faltará el recuerdo
de mi padre. Quien me sirva
con lealtad, -pero sin celos-
no tendrá queja de mí.
Yo estimo el mérito ajeno;
pero exijo que del mío
no dude nadie... ¡ni tío!
Con que veto a tu rogado;
que yo me voy por los lienzos.
Procure ser complaciente
sin dejar de ser discreto,
confía en quien lo merezca,
guarda si puedes tu genio...
¡y, aunque no puedas, entiéndeme,
que yo, Fabricio, me entiendo!

(Mutis por la derecha)

FABRICIO.- No hay quien la entienda; es verdad.
Pero me gusta y la quiero.

CABALLERO.- (Saliedo por la izquierda)
Tráeme el chocolate. ¡Pronto!

FABRICIO.- ¡En seguida!

(Se va por el fondo)

CABALLERO.- (Que venía leyendo una carta)

"El Duque ha muerto
y deja a su única hija
heredera de doscientos
cincuenta y dos mil escudos."

(Deja de leer)

¡Pobre señor!

(Vuelve a su lectura)

"Aquí, en Reggio,
tus amigos desearían,
-y yo comparto el deseo,-
que fuese tuya esa herencia,
y ya maquinan..."

(Deja de leer)

¡Qué ingenio!

¡Una boda! ¡Una mujer!...
¡No me conocen! Con menos
me basta para vivir
holgadamente, soltero.

(Guárdase el pliego. Por el
fondo, el MARQUÉS.)

MARQUÉS.- ¿Os perturbo?

CABALLERO.- ¡Más me honrís!

MARQUÉS.- Con vuestra merced me atrevo
a tener más confianza

que con ese pedantesco
condesito.

(A un gesto del Caballero)

No se asombre:

¡lo digo como lo siento!
¡Me crispal.

CABALLERO.- Porque es rival
de anores y devaneos.

¡Qué vergüenza! ¡Que un Marqués
vaya, como un jovenzuelo,
detrás de una posadera!...

MARQUES.- ¡Detrás de ella! Lo confieso.
Pero es que ésta, amigo mío,
me ha embrujado por entero.

CABALLERO.- ¡Debilidades pueriles!
¿Qué embrujamientos son esos?
Mimos, lisonjas, ¡engaños!...
¡y vos, soltando el dinero!

MARQUES.- ¡Ah, no! De eso, quien me inquieta
es el Intendente.

CABALLERO.- ¿Está enfermo?

(Entra FABRICIO con bandeja
y taza de chocolate.)

MARQUES.- No me cumple la palabra
que me dió.

CABALLERO.-

¡Cuánto lo siento!

(Se sienta y se dispone a desayunar.)

¿Gustáis?

(Ofreciendo su taza)

MARQUES.-

(Tomándola con naturalidad)

¡Qué amable!

CABALLERO.-

(Al ver que se queda sin chocolate.)

Tras otro.

FABRICIO.-

Se nos ha acabado el buco.

Yo miraré...

CABALLERO.-

Déjalo.

MARQUES.-

(Va bebiendo a sorbos, sin cumplidos; y, mientras tanto, habla:

Fue, como os iba diciendo, me prometió mi Intendente...

CABALLERO.-

(Aparte)

¡Y se lo toma el muy fresco!

MARQUES.-

...Veinte cequíes de oro...

(Beba)

que no han llegado a su tiempo.

CABALLERO.-

¡Fue, ya vendrán!

MARQUES.-

Y es el caso...

(Termina de beber)

¡Tomad!

(Devuelve la jicara vacía a
(Fabricio. Este se va con ella
(por el fondo.

El caso es tan serio
que estoy en un grave apuro.
Vos, que sois un caballero,
sabéis lo que es no cumplir
una palabra. ¡Es horrendo!

CABALLERO.-

(Aparte)

Es un sablazo.

MARQUÉS.-

(Sin inmutarse)

Y yo digo:

vuestra merced, sin esfuerzo,
podrá, por cinco o seis días,...

CABALLERO.-

(Fornándose de pie)

¡Perdón! Yo también espero.
Ved todo mi capital.

(Muestra unas monedas)

¡Dos cequíes!

MARQUÉS.-

Uno veo

bien reluciente. ¡De oro!
¿Me lo prestáis?

CABALLERO.-

Pero...

MARQUÉS.-

Pero,

¿qué tiene vuestra merced?

(Con afectada dignidad)

¡Soy un hidalgo!

CABALLERO.-

(Le da el cequí)

¡Tenedlo!

MARQUÉS.-

Gracias, amigo. Es asunto

de mucha urgencia. ¡Hasta luego!

(Y se va por el fondo, tan
alegre.)

CABALLERO.-

(Riendo)

¡Pobre diablo! Con há en poco

se dió el cabo por contento.

Mas me afectó el chocolate...

de exquisito olor, por cierto.

(Se dirige hacia su habitación.)

- M U S I C A -

MIRANDOLINA.-

(Sale por la derecha con un
rinero de sábanas, fundas,
mantelico y servilletas. Y
pregunta con cierta timidez.)

¿Da su permiso, señor?

CABALLERO.-

(Con asperza, deteniéndose)

¿A qué venis otra vez?

MIRANDOLINA.- Treino una ropa mejor.

CABALLERO.- (Señalando la mesa)

Dejadla ahí, si queréis.

MIRANDOLINA.- (Acercándose a él, poco a poco.)

Sírvase al menos mirar
las sábanas que le doy.

(Mostrándoselas)

De Flandes son: ¡de Amsterdam!

CABALLERO.- De tanto no hablaba yo.

MIRANDOLINA.- Las reservo
para el caso
de personas
principales.

CABALLERO.- (Ya comienzan
los cumplidos)

MIRANDOLINA.- Son holandas
especiales.

CABALLERO.- (Mirándolas)

Son tan finas
que tocarlas
ya es locura
sin perdón.

MIRANDOLINA.- Las merece
un caballero
de tan alta

condición.

= =

Ved los manteles
y mantelillos,
que a vuestro empleo
dedicaré.

CABALLERO.- (No cabe duda
de que es dispuesta).

MIRANDOLINA.- (Sin duda el cono
¡qué duro es!)

CABALLERO.- Poned la ropa
por cualquier parte.
No molestaos
ya más por mí.

MIRANDOLINA.- No me molesta
vuestro servicio.

CABALLERO.- (Quiere adularme.
¡Mujer, al fin!)

MIRANDOLINA.- A vuestra alcoba
le llevo todo.

¿Estáis de acuerdo?

CABALLERO.- (Otra vez serio)

Cómo queráis.

MIRANDOLINA.- (Haciendo ruidos por la iz-
quierda).

(¡Todo es inútil
con este hombre!)

CABALLERO.- (Solo en escena)

¡A mí, con farsas
de urbanidad!

— — —

MIRANDOLINA.- (Volviendo a salir por la
izquierda, ya sin la ropa.

¿Queréis acaso comer
algún menjar especial?

CABALLERO.- Servirme lo que gustéis.

¡A mí lo mismo me da!
Marques y Conde, han de ser
más finos de paladar.

MIRANDOLINA.- ¡Oh, no me los recordéis!

¡No abrumen con su amistad!

Son señores
que se hospedan
en las fondas
y posadas,
pretendiendo
los favores
de solteras
y casadas.

El negocio
nos exige
demostrarles
atención.

¡Pero luego
con las risas!

CABALLERO.-

¡Qué prodigio
de ficción!

MIRANDOLINA.-

¿Fingir?

Yo no finjo sino cortesías.

De amor

yo no he dado palabra jamás.

Por ser

soberana de todos mis días,

feliz

canto el himno de mi libertad.

CABALLERO.-

¡Oh, sí!

¡Qué ventura ser libre en el mundo!

¡Gozar

de la vida con tal plenitud!

MIRANDOLINA.-

¡Sentir

el latido vibrante y profundo

del bien

que nos libra de la esclavitud.

(Volviendo al tono frívolo)

Quizás vuestro
ya se ha casado.

CABALLERO.- ¡Jamás tal cosa
pudo ocurrir!

MIRANDOLINA.- ¡Qué bien hicierais!
De las mujeres
debéis guardaros.

CABALLERO.- ¿Vos lo decís?

MIRANDOLINA.- ¡Son orgullosas!

CABALLERO.- ¡Son ignorantes!

MIRANDOLINA.- (Con firmeza)

¡Esta es mi mano!
Tenéis razón.

(El Caballero duda un momen-
to en obedecerla. Ella insiste.)

¡Esta es mi mano!

CABALLERO.- Ahí va la mía.

(Se la da. Ella la retiene)

¡Mas... retiradla
ya por favor.

MIRANDOLINA.- (Soltando la mano del Caba-
llero.)

A otra, en mi caso,

Le impresionara
de vuestro éxtis
la suavidad.
Yo tuve apenas
un calofrío...
¡Yo adoro siempre
la libertad!

¡Adiós!

Me reclaman y es ello sensible;
mas ved
que el servicio no tiene piedad.

CABALLERO.-

Tened

por seguro que soy impasible.

LOS DOS.-

¡Feliz

quien disfruta de su libertad!

(Mutis de Mirandolina, por
el fondo, y del caballero
por la izquierda.)

- H A B L A D O -

(Por el mismo fondo vuelve
a entrar MIRANDOLINA dejen-
do paso a unas ilustres se-
ñoras, -HORTENSIA y DEYANIRA-
a quienes acompaña FABRICEO.)

MIRANDOLINA.- Pásen; pásen sin cuidado.

Por aquí, señoras mías.

HORTENSIA.- Venimos recomendadas...

MIRANDOLINA.-Ya un paje nos dió noticia
de sus deseos.

DEYANIRA.- ¿Un paje?

HORTENSIA.- ¡Claro, condesa! ¿Quién iba
a venir sino Lamberto,
nuestro criado?

(A Mirandolina)

Os diría
que queríamos...

MIRANDOLINA.- Dos cuartos;
y que vuestras señorías
eran donas principales
que van camino de Pisa.

(Deyanira ríe con risa que in-
tente contener inutilmente.)

¿No es cierto, Fabricio?

FABRICIO.- ¡Cierto!

HORTENSIA.- ¿Os vuelve la alferceca?

(A Deyanira)

DEYANIRA.- No, gracias. Algo de hipo.

HORTENSIA.- ¿Por qué no tomáis pastillas
de clavel?

(A Mirandolina)

Beñis, patrona,

que el aposento...

MIRANDOLINA.-

Os decía

(Señalando la habitación de la
(derecha.

que este os va pintipaxado.

Alcoba capaz y limpia;

y de esta

(Por la de la cocina)

podréis usar

para comer.

HORTENSIA.-

Es muy linda

la alcoba. Nuestras... noblezas

repositarán sus fatigas.

FABRICIO.- ¡Los nombres! ¿Nos dan sus nombres,

que son para la consigna

necesarios?.

(Saca un cuadernito y un l' -
(piz.

HORTENSIA.-

¡Ah! ¿Los nombres?

MIRANDOLINA.- Es condición exigida

para las posadas.

HORTENSIA.-

(Sin saber qué decir)

¡Claro!...

DEYANIRA.- El caso es que...

HORTENSIA.- (Decidiéndose)

Amigo mío:

no es posible mantener
el incógnito. La vida
nos acerca a todas las damas
que somos tan... ilustrisimas.
Escribid: la baronesa
Hortensia Albi, de Sicilia.

FABRICIO.- (Escribiendo)

¡Siciliana! Corazón
leal.

(A Deyanira)

¿Vuestra señoría?

DEYANIRA.- (No sé qué decir).

HORTENSIA.- (Acudiendo en su socorro)

¿Dadís?

¡La condesa Deyanira
del Sol!

(Vuelve a reír Deyanira, te-
pándose la boca con la mano.

No hubo más remedio.

¡Y qué dolor que os repita
tanto el hipol!

(A Fabricio)

¿Ya apuntásteis?

FABRICIO.- Ya está. Viescancias me obligan.

(A Mirandolina)

¿Mandáis algo?

MIRANDOLINA-

No; retirate.

FABRICIO.-

(Haciendo mutis por el fondo)

(¡Qué porvenir de propinas!)

MIRANDOLINA.- De modo que... las señoras
llegaron, casi a hurtadillas,
a esta posada, dispuestas
a ocultarse de la vista
de otras gentes principales?

HORTENSIA.- ¡El amor, Mirandolina,
todo lo puede! Queremos
discreción, patrona amiga,
consideración, buen trato...

MIRANDOLINA.-

(Continuando en su mismo tono)

...Bien lecho, buena comida,
buen servicio...

HORTENSIA.-

¡Exactamente!

Que estamos ya, de tantísimas
jornadas, -¿verdad, condessa?,-
lo que se dice molidas.

(Beyonira rehuye la contea-
tación, intentando irse por

(La derecha.

MIRANDOLINA.- No os voyáis, condesa. Un ruego:
vuecencias, que estén en íntima
relación con ese mundo
que se divierte y agita,
¿conocéis acaso a dos
arriesgadas coniquillas
que van con Guerini y son
damas de su Compañía?

HORTENSIA.- (Alarmada, pero haciéndose
(fuerte.

¿Qué queréis decir?

MIRANDOLINA.- No sé;

pero observo lo intranquila
que se ha puesto la señora
condesa y lamentaría...

DEYANIRA.- (Arrojándose a sus pies)

¡Perdonadnos!

HORTENSIA.- (Indignada con su compañero)

¡Lo de siempre!

Te has portado, Deyanira!

¡Eres idiota!

MIRANDOLINA.- ¡Protesto!

No será, como otras, lista;

pero no sabe fingir.

DEYANIRA.-

(A Mirandolina)

¡Mirad! Tiemblo todavía.

HORTENSIA.-

¡Ni pare cómo sirves!

Bien dice la Rocaviva
que, cuando frías un huevo,
te sale siempre tortilla.

Y... perdonadnos, señora.
Marchémonos en seguida
a la cárcel o al lugar
que dispongáis y...

MIRANDOLINA.-

(Interrompiendo)

Permita

la... señora baronesa;
que acaso las dos no sirvan
como tales nobles damas
para hacer una lucida
representación delante
de un fétuo y una estantigua.

HORTENSIA.-

Son vuestras mis pobres artes.
Las de ésta...

(Diciendo)

MIRANDOLINA.-

Si; convencida.

Conque diestramente lloro
y oportunamente ría...

- M U S I C A -

(Aparecen en la puerta del
fondo el MARQUES y el CONDE.)

MARQUES.- ¿Os estorbo?

CONDE.- ¿Os estorbo?

MIRANDOLINA.- ¡No, por Dios!

¡Pasad! ¡Pasad!

Os presento, mis saludos,
a estas dos hermosas damas...
¡y las dos de calidad!

(Reverencias y saludos en
ellas y ellas.)

MARQUES.- (A Hortensia, aún desde lo-
jos.)

Vuestro siervo.

HORTENSIA.- Vuestra sierva.

CONDE.- (A Dayanira, lo mismo)

¡Un honor!

DAYANIRA.- ¡Oh, qué placer!

MIRANDOLINA.- Caballeros y señoras:
respetaros y servirlos
es mi gusto y mi deber.

==

MIRANDOLINA.- (Tomando de la mano al Mar-

(quién y llevándolo a Hortensia.)

¡Gentil baronesa!

MARQUES.- ¡Gentil baronesa!

MIRANDOLINA.- Marqués adorable.

HORTENSIA.- Gallardo marqués.

MIRANDOLINA.- (Que va en busca ahora del Conde y lo conduce en la misma forma a Deyanira.)

¡Señora condesa!

CONDE.- ¡Señora condesa!

MIRANDOLINA.- ¡Lindísimo conde!

DEYANIRA.- (¡Lindísimo es!)

MIRANDOLINA.- (Viniendo al centro de la escena.)

Para la humilde posadera
es delicada obligación
dar a personas tan ilustres
de conocerse la ocasión.
Frases galantes y regalos
hagan nacer una amistad,
que los recuerde en otros días
mi gesto de hospitalidad.

MARQUES.- (A Hortensia)

Sois una imagen del Tiziano...

HORTENSIA.-

(Adorosa)

¡Oh, qué decía, señor marqués!

MARQUÉS.-

¡Una figura de Tanagra!

HORTENSIA.-

¡Qué caballero tan cortés!

MARQUÉS.-

(Sacando del chaleco un pa-
ñuelito de seda y encaje.

¿Os gusta, señora?

HORTENSIA.-

¡Qué lindo pañuelo!

MARQUÉS.-

¡Lo traje de Londres!

HORTENSIA.-

Me hacéis un honor...

(Va a dársele el Marqués,
cuando Mirandolina dice:

MIRANDOLINA.-

¡Qué lindo pañuelo!

MARQUÉS.-

¡Mirad qué bonito!

(Se lo enseña a Mirandoli-
na, que lo toma en sus manos.

MIRANDOLINA.-

¡Encaje de Brujas!

(Guardándoselo en el bolsi-
llito de su delantal.

¡Mil gracias, señor!

(Caras de asombro y compla-
cencia en el Marqués y de
resignación en Hortensia. Po-
queva evolución y vuelve a
center Mirandolina.

MIRANDOLINA.-

Para la humilde poseedora
es complacencia sin igual

ver que se amudan estos lazos
de simpatía personal.
Dulces palabras y atenciones
son anticipos de ilusión.
Si el corazón mueve los labios,
¡cómo palpita el corazón!

CONDE.-

(A Deyanira)

¡Sois adorable Colombina!
¡Sois seductora Fabaré!
¡Venus, saliendo de las aguas!

DEYANIRA.- ¡Ay, caballero, yo no soy!

CONDE.-

(Extrayendo de su cascaca un
estuchito, que abre.

Mirad esta joya.

DEYANIRA.- ¡Jesús qué brillantes!

CONDE.- ¡Fijeos qué luces!

DEYANIRA.- ¡Jesús qué primor!

(Va a darle el estuche el Con-
de, cuando Mirandolina inter-
viene.

MIRANDOLINA.- ¡Qué joya tan linda!

CONDE.- ¡Mirad qué diamantes!

(Se los enseña a Mirandolina,
que los toma en sus manos.

¡Parejas de aquellos!

MIRANDOLINA.-

(Se guarda el estuche en el
otro bolsillo del delantal.

¡Mil gracias, señor!

(Caras de asombro y complacencia en el Conde y de resignación en Dayanira.

MARQUES.-

Invito a todos a un paseo.

CONDE.-

Invito a todos a comer.

HORTENSIA.-

(Al Marqués)

Y, si tenéis otro encajito...

DAYANIRA.-

(Al Conde)

¿Otro estuchito no tendrías?

MIRANDOLINA.-

(Mientras que las dos parejas
van haciendo mutis por el
fondo.

Gozan los cuatro, paga el conde...

y el otro queda a mi merced.

¿Será posible que no ceda?

Mas, ¿quién resiste a una mujer?

(Las parejas han desaparecido
de totalmente. Mirandolina,
entonces, cambiando de acti-
tud y tono, entona la melo-
día de su día con el caballo-
ro, mientras que va, paso a
paso, hacia detrás, hasta en-
trarse en el aposento de la
derecha.

¿Fingir?

Yo no finjo sine cortesías,

De amor

yo no he dado palabra jamás.

(El CABALLERO, como atraído
(por un reclamo, sale de su
(habitación,-- la de la iz-
(quierda;-- pero ya no encuen-
(tra en escena a Mirandolina,
(cuya voz sigue sonando dan-
(tro.

Por ser

soberana de todos mis días,

¡feliz

canto el himno de mi libertad!

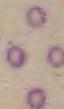
(Mientras que el Caballero,
(intrigado, procura averiguar
(de donde procede el canto,
(va cayendo lentamente el

T E L O N

Guillermo Fernández-Shaw.

VIOLANDINA

ACTO SEGUNDO.



ACTO SEGUNDO

Decoración partida en dos mitades, siempre a base de cortinas. El Aposento de la derecha es el del Caballero Ripafretta, con puerta a su derecha, que comunica con la sala del acto primero. Desde esta puerta, la cortina del fondo corre en sentido oblicuo, - formando con la del lateral derecho un ángulo obtuso muy abierto, - hasta unirse con la divisoria de los dos departamentos, perpendicular a la batería. En el centro de la cortina del fondo de este que llamaremos "Aposento A", una puerta dá paso a una alcoba interior. En esta misma habitación, una mesa con las sillas correspondientes y algunos otros muebles apropiados. Colgado en la cortina divisoria, pero de modo que sea perfectamente perceptible, un espejo.

A la izquierda, el "Aposento B", que es el del Conde de Albalorida, se halla acondicionando en forma parejo al del Caballero: con su entrada en el lateral izquierdo, su puerta, - a una alcoba interior, - en el oblicuo fondo, su espejo colgado en

la pared divisoria, sus sillas y sus demás muebles correspondientes. Cada departamento debe ser de un color: ambos de tono claro.

En el "Aposento A", el Caballero, sentado en un silloncito, a un lado, lee en un libro con pastas de pergamino. Fabrizio y Coyetano,— el criado del Caballero,— ponen platos y cubiertos en la mesa.

En el "Aposento B", la comida ha terminado. Hortensia y Doña Inés,— sin sus sombreros,— y el Conde toman frutas, de las que aún quedan en un centro de porcelana, y beben del vino que el propio Conde escancia. El Marqués, aparece dormido: con la cabeza en los brazos, cruzados sobre la mesa.

- M U S I C A -

CONDE,—

(A Hortensia, que intenta des-
pertar al Marqués.

¡No le toquéis, por Dios!

¡Que se durmiera como un bendito!

HORTENSIA,—

¡Pobre señor marqués!

Sin dar consuelo a su apetito!

CONDE,—

Justo castigo fué
de su sensualidad.

Bebió primero lindamente,
charló con vos sin reposar;
y, cuando fué a comer,
el pobre se durmió
con la embriaguez arrulladora
del vino y la conversación.

HORTENSIA.-

(Levantándose)

Yo le despertaré.

CONDE.-

¡Por Dios, señora Baronesa!

HORTENSIA.-

(A Deyanira)

Venid aquí también.

(Al Conde)

Para los postres, hay sorpresa...

(Hortensia, seguida por Deyanira, desaparece por la izquierda. En el "Aposento A", (los criados han concluido de poner la mesa. Mientras que (ellos hablan ahora, el Conde,--en el B,-- termina de comer una fruta y, luego, saca una bolsita de malla, de (la que extrae unas monedas (de oro, que cuenta.

FABRICIO.-

(A Cayetano)

Avisa a tu señor
que tiene a punto su comida.

CAYETANO.-

Si no te importa a ti,

discio y juega tú la vida.

FABRICIO.- Pues tú verás que sé
cumplir mi obligación.

(Al Caballero)

La mesa ospera preparada
que vos queráis comer, señor.
Hoy tiene su merced
un caldo de pichón
y, luego, un plato delicioso
que la patrona cocinó.

CABALLERO.-

(Displícito)

Es pronto para mí.
Yo avisaré cuando la quiera.

(Vuelve a leer)

FABRICIO.-

(A Cayetano, después de hacer
una reverencia al Caballero.

Pues tú me avisarás
cuando le dé la ventolera.

(Desaparece Fabricio por la
derecha. Cayetano entra y
sale en la alcoba del fondo.
(Al "Aposento B" vuelven Hor-
tensia y Desemars, con dos
grandes botellas de vino de
calidad.

HORTENSIA y
DEYANIRA.-

Señor, mirad:
con vino de Canarias

podáis brindar.

Difícil es
a vuestras atenciones
corresponder.

CONDE.-

Con vino de Canarias
yo brindaré.

- -

Este vino cristalino,
que embotella sol y oro,
en su germen amberino
guarda el íntimo tesoro
de un quimérico poder:
preste impulso al vacilante,
pone freno al arriesgado
y convierte en arrogante
al más tímido cuitado
que podáis conocer.

Y es tal el secreto
y es tal la eficacia
del líquido mago
del claro color,
que para que surta
sus nobles efectos,
hay veces que basta

con sólo el olor.

ELLAS.-

(Por el Marqués)

Entonces, el viejo,
si el néctar aspira,
podrá acompañarnos
en la libación.

CONDE.-

¡Cuidado! ¡Cuidado!
Que no se despierte;
que está en los horros
de la digestión.

CONDE.-

¿Quién, oh vino, todo luces,
a tu imperio nos entregas?
Tú repartes y traduces,
con el sol de la bodega,
el esbuzo de otro sol:
explosión de resplandores
que deslumbre la retina,
¡salpicando de colores
la belleza ultramarina
del Atlántico español!

Y es tal la fragancia
y es tal la alegría
del líquido mago

del claro color,
que para que surta
sus nobles efectos,
hay veces que basta
con solo el olor.

ELLAS.-

(Como antes)

Entonces, el viejo,
si el néctar aspira,
podrá acompañarnos
en la libación.

LOS TRES.-

¡Cuidado! ¡Cuidado!
Que no se despierte;
¡que esté en los horrores
de la digestión!

=====

- H A B L A D O -

CABALLERO.-

(Mirando, en el "Aposento A",
(en su reloj de bolsillo.

Sirven ya la comida,
Cayetano.

CAYETANO.-

Buena noche.

(Hace mitis derecha)

CABALLERO.-

Leyendo, las horas corren...
y más parece que vuelan.

(Se levanta)

CONDE.-

(En el "aposento B", a las
(cónicas, que, al terminar
(el número, habían quedado a
(derecho e izquierda del dorso
(de marqués, a quien hacen,
(con canchales de papel, cog-
(quillas en la cabeza y el co-
(gota.

Van a lorar sus Mercedos
despertarís.

ROSTINIA.-

¡Buena es ésa!

Está en su primera edad.

CONDE.-

¡Pues ya está lejos de ésta!

(Los tres ríen; ellas, so-
(bre todo, para adular al
(Conde.

GAYETANO.-

(Entrando en el "Aposento A"
(con una gran sopera.

Cuando queráis, mi señor.

CABALLERO.- No digas más. ¡A la mesa!

(Se sienta, en efecto, y se
(sirve de la sopera.

¿Caldo?

GAYETANO.-

(Ponderativo)

¡De pichón!

CABALLERO.-

¿Pichón?

Hoy parece que se esmeran.

Huele bien.

CAYETANO.-

Mejor sabré.

CABALLERO.-

(Después de tomar la primera
cucharada.

En efecto: puro néctar.

(Sigue comiendo, dando masa-
tras de satisfacción.

CONDE.-

(En su cuarto, por el Marqués,
aññ dormido.

Es de una antigua familia
de la más rancia nobleza:
¡el Marqués de Forliópolis!

DEYANINA.- ¿Forli... qué?

HORTENSIA.-

¡Claro, condesal

Segundón de la madrastra
de un sobrino de mi abuela.

CONDE.-

Viudo de una Aldobrandini...

HORTENSIA.-

Prima, por línea materna,
de un cuñado del marido
de mi hermana la pequeña.

CONDE.-

Me mostraría con vuestro árbol
genealógico.

HORTENSIA.-

(Con modestia fingida)

¿De veras?

Mi árbol tiene tantas ramas...
que parece una arboleda.

CABALLERO.- (Que ha terminado de tomar la
(sopa.

¡Exquisito! Un caldo de ave
que reconforta a cualquiera.

CAYETANO.- ¿Os gustó?

CABALLERO.- Pues, ¿no lo has visto?

CAYETANO.- ¡Se va a poner tan contental...

CABALLERO.- ¿Quién?

CAYETANO.- ¡Ella! ¡Mirandolina!

¡Qué mujer!... ¡Si mi amo viera!...
Guiso, friega, cocc, plancha...

CABALLERO.- ¡Venos, tontaina, despierta!
¿También te ha sorbido el seso?

(Un poco seco)

Traeme otro plato.

CAYETANO.- Aquí llega.

(Viendo a FABRICIO, que entra
con una fuente.

FABRICIO.- ¡El asado! Dice el ama
que, si el señor prefiriera
un "vol-au-vent" holandés,
un frito o unas croquetas...

CABALLERO.- Dí a tu ama que agradezco
cuanto vale sus finezas.

(Reaccionando de su espon-

(tánea gratitud.

Mas venga el asado ahora...

¡y déjense de salomas!

(Mientras que, en el "Aposento A", los criados cambian (el plato al caballero y (te se sirve y come, habiéndose ido Fabricio con la señora, continúa el diálogo en (el "Aposento B".

CONDE.- ¿Oe gustaría un paseo,
señoras, por la Alameda?

HORTENSIA.- ¡Tanto honor! Pero... ¿el Marqués?...

CONDE.- Dejad que tranquilo duerma.
¿Soy oscura compañía
para las dos?

HORTENSIA.- ¡Quién lo piensa!

(Pasando junto a Devanira y
(aparte.

¡Di también algo, mujer!

DEVANIRA.- (En el mismo tono que Hortensia.
(sía.

¡Quién lo piensa!...

HORTENSIA.- (aparte, por Devanira)

(¡Será nada!...)

CONDE.- La Alameda es a estas horas
regalo de danzuelas:

la Montano, la Storloni,
la Chiggi, la Ballinchevna...

(A Hortensia, que ha hecho
(un movimiento un poco cómico.)
(co.)

¿Qué os pass?

HORTENSIA.-

Nada, señor:

el árbol, que se nanea.

¿Nos arreglamos, entonces?

CONDE.-

(Galante)

Con esos rostros, ¿aún piensan
en arreglos... imposibles?

HORTENSIA.-

(Acudiendo al espejo de la
(derecha del "Aposento B".

¿Y qué mujer no es coqueta?

Un rize que se desanda...

Una capota bien puesta...

(Perifoneo)

Un encaje que se arruga...

Una cinta que se suelta...

(A Devorira)

¿Vos, también?

DEYANIRA.-

¡Con mil amores!

HORTENSIA.-

(Aparte, a su compañera)

(¡Y a ver como lo haces, lolá!)

(Hortensia contempla impas-
cientemente a Deyanira, que se
adorna ante el espejo con
parsimoniosamente, mientras que el
Conde mira a ambas.)

CABALLERO.- ¡Buen asado!

(A Cayetano)

Dame vino

para ilustrar la ternura.

(A FABRICIO que entra en el
"Aposento A" con otro plato.)

Confieso que es vuestra ama
en atenciones maestras.

¡No parece una mujer!

FABRICIO.- Pues lo es, aunque no parezca.

Que es tózuda cuanto hermosa
y tan lista como torca.

Esta langosta me ha dado
para vos...

(Aparte)

(¡Maldita sea!)

CABALLERO.- ¡Langosta? No me lo explique.

FABRICIO.- Y que la salsa, díla misma,
cuando de batirla acabe,
piénsala venir a traérsela.

CABALLERO.-

(Levantándose)

No puedo yo consentir
tan extrema molestia.

FABRICIO.- Pues... vendrá de todos modos.

CABALLERO.- ¿Es chancea?

FABRICIO.- Verdad completa.

¿Oo enoja?

CABALLERO.- Si...

(Mirándose al espejo de su espe-
cinto.)

No estoy
ni presentable siquiera.
Dame, Cayetano, el peine.

HONTESSIA.- (A Devanira)

¿Ya terminásteis, condesa?

(Al Conde)

Cuando queráis.

CONDE.- Ahora, yo.

(Saca de su bolsillo un es-
tuche con un peine dorado.)

Esos bien que Sus Excelencias
vayan tan retrepulidas
y yo sin pulir apenas.

CABALLERO.- (A Cayetano, que le entrega
un peine, que sacó de la ni-
coba.)

Gracias. Mientras que ella viene...

(A ellas)

¿Me perdonan?

HONTESSIA.-

¡Buena fuera!

- M U S I C A -

(El Caballero y el Conde, ante
(sus respectivos espejos, se
(perciben a arreglar sus ca-
(bezas.

CABALLERO.- No es que me quiera embellecer,
ni que me importe su opinión;
pero, como hombre, he de atender
a no perder mi estimación.

CONDE.-

(A ellas)

No es que os pretenda seducir
con mi apostura de varón;
pero sí quiero competir
con vuestra ilustre condición.

CHIAPOS.- No es que se quiere embellecer,
ni que le importe su opinión.

HOWE y DEYAN.- Pero sí quiero competir
con nuestra ilustre condición.

* * *

CABALLERO.-

(Enfrentándose con el espejo)

¡Ay, Caballero,
cómo estás de despeinado!

CONDE.-

(Idem)

¡Ay, pobre Conde,
qué cabeza te han dejado!

(Ambos se van peinando)

CABALLERO.-

(A su imagen)

¡Caramba, cómo está
de viejo su merced!

CONDE.-

(Idem)

¡Qué mala cara va
poniéndosele a usted!

CABALLERO.-

(Idem)

¡Qué pena, señor mío!

CONDE.-

(Idem)

¡Qué lástima me da!...

LOS DOS.-

(Como si fuera el uno el
otro.

...Como se puede ver.

(Se vuelven los dos cara al
público y cantan el estri-
billo.

La imagen del espejo es otro yo,
que admite discusión confidencial:
amigo que jamás nos engañó
y lleva nuestra cara en su cristal.
Veraz, con absoluta rigidez,

nos dice muestra edad a cada cual.
Mirándolo nos llega la vejez
...y siempre nos creemos que es igual!

= = =

CONDE.-

(Que vuelve a peinarse y se
dirige otra vez a su espejo.)

Con un retoque
has mejorado lo bastante.

CABALLERO.-

(Idem)

Ya no pareces,
retocado, hasta elegante.

CONDE.-

(Lo mismo)

¡M, de esta cara, ya
qué tienes que decir?

CABALLERO.-

(Igual)

Parece que te va
gustando el porvenir...

CONDE.-

(Como despidiéndose)

¡Adiós, y hasta la vista!

CABALLERO.-

(Idem)

¡Adiós! ¡Hasta después!

LOS DOS.-

(Cada uno para sí)

¡No hay quien me tosa a mí!

(Otra vez dando frente al
público.)

La imagen del espejo es otro yo,
que admite discusión confidencial:
amigo que jamás nos engañó
y lleva nuestra cara en su cristal.
Veras, con absoluta rigidez,
nos dice nuestra edad a cada cual.
Mirádelo, nos llega la vejez...
¡y siempre nos creemos que es igual!

=====

- H A B L A D O -

CAYETANO.-

(A su amo)

Mes, id comiendo, señor,
que ya no puede tardar.

CABALLERO.-

¿Tú crees que ha sido por...?

(Volviendo a la mesa)

Sírvame; seré mejor
que me sirvas sin hablar.

CONDE.-

(Después de darse los últi-
mos perfiles.)

¿Lo ven vacancias? Ya estoy
a sus órdenes, señoras.

HORTENSIA.-

Un pasito, a estas horas,
¿os gusta?

CONDE.-

Cuando lo doy

con amigas seductoras.

(A Hortensia, indicándole la
puerta de la izquierda.)

Pasad...

HORTENSIA.- ¡Qué amable!

(Mutis)

CONDE.-

(Idem, a Devanira)

Pasad.

DEVANIRA.- ¡Qué simpático!

(Mutis)

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

CONDE.-

¡Por Dios!...

(Volviéndose hacia el dormi-
do Marqués.)

Caro marqués, perdonad;
mas, si no llevo a las dos,
¡mirad que estoy en la edad!

(Mutis también, detrás de las
fingidas aristócratas.)

MIRANDOLINA.-

(Apareciendo por la derecha,
en el "Aposento A", con una
salsera en la mano.)

¿Déis peraiso?

CABALLERO.-

(Sin moverse de su asiento)

¡Cayetano!

Recoge tú la salsera.

MIRANDOLINA.- ¡Perdonad! La posadora



quiera con su propia mano
servicios de esta manera.

(Coloca la salsera sobre la
mesa.)

CABALLERO.- No es vuestro oficio.

MIRANDOLINA.- ¿Por qué? ¿Soy yo acaso una señora?

CABALLERO.- ¡Qué humildad!

MIRANDOLINA.- Bien que lo sé:
soy, no más, la servidora
más leal de su merced.

CABALLERO.- Exageráis.

MIRANDOLINA.- ¡Buena es esa!
Sin envase serviría
siempre a todos a la mesa;
mas la malicia es aviesa...
¡Ya entiendo su señoría!
No todo el mundo es igual
y hay que tener miramiento.
Si ha venido a este aposento,
hág... porque es excepcional
vuestro claro entendimiento.

CABALLERO.- (Visiblemente "tocado" en su
vanidad.)

¡Oh, gracias! ¿Qué salsa es ésta?

MIRANDOLINA.- ¡Ay, Jesús! No vale nada.

Su intención es bien modesta:
que fué para vos dispuesta...
y fué por mí preparada.

CABALLERO.- Pero, lo hicisteis a costa,
sin duda, de otro quebacer.

MIRANDOLINA.- Me bastaba con saber
que era... para la langosta
que os habíais de comer.

CABALLERO.- (Aparte)

(Mañana me voy de aquí
a Liorna... o donde sea).

(A ella)

Si tenéis que hacer, por mí
no os molestéis.

MIRANDOLINA.- No lo crea:

ya mis guisos concluí.

Quisiera... vuestra opinión
sobre mi salsa romana.

CABALLERO.- Eso, de muy buena gana.

(La prueba)

¡Riquísima!

MIRANDOLINA.- ¡Qué alegría!

¡Mejor os la haré mañana!

CABALLERO.- (A Ceyetano, con vehemencia)

¡Dame vino!

MIRANDOLINA.- ¡Da lo bueno!

¿Borgoña?

CABALLERO.- Habéis acertado.

(Cayetano pone sobre la mesa
botella y vaso.)

Tenéis el gusto educado.

MIRANDOLINA.- En no engañarme en lo ajeno
pongo siempre mi cuidado.

CABALLERO.- Sin embargo, es cagallís
esta vez.

MIRANDOLINA.- ¿En qué, señor?

CABALLERO.- En concederme un honor
que no merezco...

MIRANDOLINA.- Ignoráis
vos mismo vuestro valor.

Yo a todos sirvo cual debo...
y hallo sólo ingratitud.

Vos sois lo extraño, lo nuevo.

CABALLERO.- (Que echó, mientras tanto,
vino en su vaso.)

¿Pensáis?...

(Al beber)

¡A vuestra salud!

(A ella)

¿Queréis vos?

MIRANDOLINA.-

¡No! Yo no bebo...

No está bien...

CABALLERO.-

¿Sabor acaso?

MIRANDOLINA.- No merece tal merced.

CABALLERO.-

(Reforzándose en ser amable)

¿Me condenáis al fracaso?

(Ella se ríe, como consi-
tiendo. El entonces dice a
Cayetano.)

¡Otro vaso!

MIRANDOLINA.-

(Coqueta y débilmente)

¡No!...

CABALLERO.-

(Disponiéndose a servirle en
el nuevo vaso que acaba de p-
ner el cristal sobre la mesa.)

¡Bebed!

MIRANDOLINA.-

(Acordiando, pícaro)

Bien; pues... ¡lo haré en vuestro vaso!

(Y, prestamente, bebe un sor-
bo del vino que quedaba en
el vaso del Caballero.)

CABALLERO.-

(Acerto)

(¡Condenada!)

MIRANDOLINA.-

¡Bien mojado!

Lo tengo... que aún no comi.

CABALLERO.- Entonces... es aconsejo
que comáis al punto.

MIRANDOLINA.- Si.

(Sin soltar el vaso)

Me mareo... ¡Vaya: es dejel...!

(Duda)

Pero, antes... Siento un sopor...
¡Una ansias que me den!...

CABALLERO.- (Sin moverse de su asiento,
(pero inquieto,

Comed aquí...

MIRANDOLINA.- (Como escandalizada)

¡No, señor!

(Insómita)

¡Si me hiciéscis el favor
de un bocadito de pan!...

(El Caballero le ofrece su
pan. Ella, con el vaso en
una mano y el pan, del que
come, en la otra, simula ir-
(se tranquilizando.

CABALLERO.- Tomad... ¿Mejoréis?

MIRANDOLINA.- Tal creo...

¡Qué vino de maravilla!

estoy... que os veo y no os veo...

(Se tambalea visiblemente)

CABALLERO.- ¿Vaciláis?

MIRANDOLINA.- Vuelve el marqués...

¿Hay... una silla?

CABALLERO.- (A Cayetano)

¡Una silla!

MIRANDOLINA.- Ya haber venido me pesa.

CABALLERO.- (Ofreciéndola la silla, que
el criado acerca.

Sentaos.

MIRANDOLINA.- ¡Oh! ¡Qué cortés!

(Sentándose)

¡Si lo supiera el marqués!...

Jamás me senté a su mesa,
a pesar de su interés.

CABALLERO.- (No sabiendo qué hacerse con
la presencia del Criado.

¡Cayetano! ¿No has oído?

Me ha parecido un ruido
en la cocina. ¡Ve a ver!

CAYETANO.- Yo, señor, nada he sentido.

CABALLERO.- Di... que pongan a cocer
un huevo: lo has de traer
cuando veas que ha cocido
tres minutos.

CAYETANO.- Entendido.

(Al hacer mutis por la derecha.)

(¡Esa muchacha ama esta mujer!)

CABALLERO.- Sois discreta.

MIRANDOLINA.- ¡Ay, caballero!

CABALLERO.- ¿Queréis oírme?

(Acercándose)

MIRANDOLINA.- ¡Qué gusto!

CABALLERO.- ¿Os... mejoráis?

MIRANDOLINA.- Eso espero.

CABALLERO.- Es hoy el día primero
que hablo a una dama con gusto.

MIRANDOLINA.- Eso es... ¿cómo le diría?

¡Recíproco! Se da el caso
con la mutua simpatía.

(Sonriendo pícarosamente)

Tuvo la... culpa este vaso,
cargado de brujería.

¿No estáis de acuerdo?

(Mirándole)

CABALLERO.- Quizás.

Tome que no hagáis perder
la calma. Sois la mujer
que yo ignoraba.

MIRANDOLINA.- (Como asustada)

¡Jamás!...

CABALLERO.- Entonces...

MIRANDOLINA.- Dad marcha atrás.

¿Vais inocente a caer...

como todos los demás?

(Vuelve a envolverle con su mirada.)

CABALLERO.- Tenéis razón.

MIRANDOLINA.- Mucho tino.

¡mucho cuidado, señor!

CABALLERO.- (Tomando la botella para servirse otra vez.)

¡Basta ya!

MIRANDOLINA.- (Quitándole suavemente la botella y siendo ella la que canta.)

Yo os sirvo el vino.

CABALLERO.- ¿Vos?

MIRANDOLINA.- (Mientras que sirve)

Cosperto vuestro horror

hacia el sexo femenino.

Una cosa es la amistad

y otra el picaro interés.

Bebed hasta la mitad,

y yo es imito después...
por pura formalidad.

(El Caballero ha bebido casi
todo el vino del vaso. Aho-
ra se lo entrega a Mirandoli-
na; pero a ella, cuando va
a llevarlo a los labios,
se le cae al suelo, rompién-
dose con estrépito.

¡Ay!...

CABALLERO.- ¿Qué ha sido?

MIRANDOLINA.- Se rompió.

(Al ruido del cristal roto,
ha despertado, en el "Apo-
sento B", el Marqués, que, no
dado inconsciente, mira a uno
y otro lado.

CABALLERO.- Deploro...

(Se pone de pie)

MIRANDOLINA.- (Sentado)

No vale nada...

La culpa la tuve yo:
me lo disteis... Se me escurrió...
¡Va a cuenta de la posada!

(El Marqués se levanta, ex-
trañado, como buscando a
sus compañeros de festín, y
va primero a la puertecita

(del fondo del aposento, por
dónde mira, y luego a la
de la izquierda.

Con este otro...

(Por el vaso, aún sin tocar,
que sigue en la mesa.

...y aquel...

(Por un tercer vaso que había
en la mesita del fondo.

...¿me lo queréis entregar?...

teneos de nuevo un par.

CABALLERO.-

(Que ha ido, dócil, a buscar
el vaso, que entrega a Mi-
randolina.

¿Y qué hemos de hacer con él?

MIRANDOLINA.- ¿Non este...

(Por el que tiene el Caballe-
ro.

...y éste?

(Por el de la mesa)

¡Brindar!

CABALLERO.- ¡Señ!

(Sentándose otra vez)

MIRANDOLINA.-

(Sirve rápidamente, y dice con
ánimo.

Señor caballero...

CABALLERO.-

¿Qué, Mirandolina?

MIRANDOLINA.-

¡Chocan!

(Chocan, en efecto, los vasos: una, dos veces. El Marqués, que había vuelto cerca de la pared de comunicación, oye ahora el sonido del cristal al chocar, y pone cara de asombro.)

Por la amistad, lo primero.

CABALLERO.- ¡Bien!

(Chocan)

MIRANDOLINA.-

¡Por la firmeza!

(Chocan)

Pero...

de este brindis, nada toque a las mujeres...

(El Marqués, en cuanto oye el segundo choque de vasos, comprende que hay escape en el cuarto inmediato y sale del "Aposento B", a pasos mansuetos, por la izquierda.)

No quiero

que os tengáis que arrepentir del brindis de esta mujer.

Pues que no las podéis ver,

conservad el porvenir

tan puro como el ayer.

(Beben ambos)

CABALLERO.- Si eso pensáis... Pero yo...

(Aproximándose más a ella,
ya con confianza.

...debo decir que, en ninguno
de vuestros actos, se dió...

MARQUES.-

(Entrando sonriente en el
Aposento A', por la puerta
de la derecha, e interrumpiendo
la escena.

¡Buenas tardes!

CABALLERO.-

(Molesto, poniéndose de pie)

(¡Qué importante!)

¡Marqués!

MARQUES.-

¿Estorbo?

CABALLERO.-

¡Ya, no!

(Mirandolina, también de pie,
intenta marcharse.

MIRANDOLINA.- Con licencia...

CABALLERO.-

(A ella) Deteneos.

MARQUES.-

(Excusándose)

Llamó, nadie respondía...

Os creí solo; y me alegra
veros con la patrona te.

¿Qué? ¿Tenía yo razón

o era pura fantasía?

MIRANDOLINA.-Yo serví al caballero;
pero me dió una fatiga
de pronto; como una angustia...
Y él me socorrió en seguida
con una copa de vino...
¿Queréis probar?...

MARQUES.- ¡No, en mis días!
Que por beber sin comer,
me he quedado sin conquista.
(Rectificándose al observar
que Mirandolina sonríe.
Quise decir... sin que sepa
donde fueron esas lindas
madamas.

GAYTANO.- (For la derecha)
¡Aquí está el huevo!

CABALLERO.- (Malhumorado)
¡Ya me es igual!

MARQUES.- (Al Criado, que se iba)
¿Es... tortilla?

CABALLERO.- ¡Huevo cocido!

MARQUES.- También
cocido... me desapepita.

MIRANDOLINA.-Tejed.
(Poniendo el plato con el

(Luego sobre la mesa.

Y, si nos otorga
licencia su señoría,

(Por el Caballero)

¿proberáis de este otro plato
que yo cociné?

MARQUEZ.-

(Decidido)

¡Una milla!

¡Un tenedor! Nunca os quiero
deceirar, Mirandolina.

(Se sienta a comer, encantado:
(servido primero por ella y
luego por Cayetano.

MIRANDOLINA.- Una langosta... y su salsa.

MARQUEZ.-

¡Mejor! Estará exquisita!

(A ella, que vuelve a iniciar
el mntis.

Pero, ¡qué empeño en marcharos!

MIRANDOLINA.- Otros quehaceres me obligan...

mientras que os dejo comiendo
en tan buena compañía.

CABALLERO.-

Quedaos... por complacer
a quien tan alto os estima.

MIRANDOLINA.-

(Al Caballero)

¿Vos lo queréis?

CABALLERO.- On lo ruego.

MIRANDOLINA.- Soy obediente y sumisa.

(Se sienta y dice ahora al
Marqués.)

Marqués: ya estáis complacido.

MARQUÉS.- (En lo suyo)

Rica, la langosta; ¡rica!...

CABALLERO.- (Aparte a ella)

(Celoso estará el Marqués
viéndonos, amable y solícita,
junto a mí).

MIRANDOLINA.- (Idea el Caballero)

(Nada me importa).

CABALLERO.- (¿Vos también sois enemiga
de los hombres?)

MIRANDOLINA.- (Ciertamente:

Soy vuestra esclava
de las mujeres.)

CABALLERO.- (Pero ellas,

estatamente, principian
a burlarse de mí).

MIRANDOLINA.- (¿Cómo?

¡Eso no es posible!).

CABALLERO.- (Ahora, para sí)

¡Ah, pícaro!

MARQUES.- ¡Ya le llegó el turno al vino!

MIRANDOLINA.- (Dejando al Caballero por el Marques.)

Permitidme que os lo sirva.

(Lo hace) (Cayetano se lleva todo el servicio sobrando.)

Pero, no os vaya a hacer daño: con cuidado y con medida.

MARQUES.- ¿Daño? Lo que a mí me daña el más torpe lo advina.

MIRANDOLINA.- ¿El qué?

MARQUES.- Vuestros lindos ojos.

MIRANDOLINA.- ¿De veras?

MARQUES.- Está a la vista.

(Al Caballero)

Cada vez, amigo mío, me tiene esta mullequita más hechizado.

CABALLERO.- Lo siento.

MARQUES.- Más preso por sus pupilas. Como vos no habéis tenido, por desgracia, en vuestra vida, amor por mujer alguna, no sabéis de esta agonía

ni podéis compadeceros.

CABALLERO.- Por mi suerte o mi desdicha,
os compadecero.

(CAYETANO vuelve por la derecha
y entra en la alcoba.)

MARQUES.-

¡Y el áspid

de los celos? ¡Soy celoso
como un tigre en su guarida!
Si le dejas a vuestro lado,
es porque sé las doctrinas
y las convicciones vuestras.
Si no, ¡ni por cien mil liras!

CABALLERO.- ¡Claro! (¡Qué hombre más cargante!)

MIRANDOLINA.-

(Al Marques). (

¿Terminásteis la comida?

MARQUES.-

Ya, mi amor!

(Al Caballero)

¡Me vuelve loco!

MIRANDOLINA.- ¡Yo, enloquesco? ¡Qué pamplina!

Hasta luego, mis señores.
Me entretuve en damasia,
y otros huéspedes, sin duda,
mis servicios solicitan.

MARQUES.- Quedaos...

MIRANDOLINA.-

¡Es imposible!

CABALLERO.- ¡Sentado!

MIRANDOLINA.- Ya fui prolija!

MARQUÉS.- Dos minutos...

MIRANDOLINA.- ¡Ni un segundo!

CABALLERO.- (Autoritario)

¡Lo quiero!

MIRANDOLINA.- (Ya en la puerta)

Ven a porfia.

MARQUÉS.- Entonces... me voy también;
y, desde aquí a la cocina...

MIRANDOLINA.-....Podrías apreciar, marqués,
lo fino que aquí se hizo.
Id delante, mi señor.

(Pasa el Marqués ante ella y
(bebe un poco. Ella dice al Ca-
(ballero:

Y perdona esta prisa:
que soy mujer de mi casa,
y estoy de todos cautiva.

(Y se va tras del Marqués. Ha
(quedado solo el Caballero, que
(avanza en un impulso natural,
(hasta la puerta y se detiene
(al llegar a ella. Vuelve. Se
(sirve un nuevo vaso de vino y
(bebe un primer sorbo.

- M U S I C A -

CABALLERO.- ¡Ya te conozco, bribona!
¡Ya te conozco, ladina!
En este juego arriesgado
quieres ganar la partida.
He bordado el abismo
sin que cediera mi pie;
mas no comprendo yo mismo
mi salvación como fué.

¿Dónde voló,
caballero, tu afán infinito?
¿Eres aquel
corazón de indomable granito?
¡Pobre de ti, caballero!
¡Pobre de ti, desgraciado!
Por escapar del peligro,
¡con el peligro has topado!
Pero tu afán te redima,
fíel a viril convicción.
Si el corazón se destroza,
¡siga en la altura el cirón!

Vuelvas a ser,

caballero, de bronce o de roca.

Tu corazón
¡no te venda, asomando a la boca!
Tu infeliz corazón no sabía
que ocultaba ese fuego interior.
Si es amor el que lo ha descubierto,
¡morirás abrazado de amor!

=====

- H A B L A D O -

CABALLERO.- Tierra por medio; es preciso.
No dudes más. ¡A Liorna!

(Llamando)

¡Cayetano!

CAYETANO.- (Que sale del interior del
("Aposento A".

¡Mi señor!

CABALLERO.- ¡Nos vamos!

(Viendo la imitación)

¿Qué? ¿No te escuchas?

CAYETANO.- Me parece... natural.

CABALLERO.- ¿Sí? Pues recoge las cosas,
porque nos vamos de aquí...
¡dentro de un cuarto de hora!

(A un movimiento de sorpresa
se del criado.

¿Eso ya te extraña?

CAYETANO.-

¡Claro!

Con cinco minutos... ¡sobra!

CABALLERO.-

¿Qué quieres decir?

CAYETANO.-

Que el fuego,

si no se le ataja, ahoga.

CABALLERO.-

Pues... ¡a tus maletas!

CAYETANO.-

(Haciendo mutis por el fondo)

¡Buen!

CABALLERO.-

¡Hasta los simples lo notan!

CONDE.-

(Apareciendo por la derecha, pero quedando en la misma puerta.

¿Meditáis, amigo mío?

CABALLERO.-

Pensaba... acudir ahora a vuestro aposento, en son de despedida.

CONDE.-

¡Hola, hola!...

¿Nos abandonáis?

CABALLERO.-

Asuntos

que no esperan.

CAYETANO.-

(Por el fondo)

Estas botas,

¿en el saco o la maleta?

CABALLERO.-

Yo las pondré.

(En el "Aposento B" entran
HONTENSIA y DEYANIRA.

Tú acomoda

lo que no te ofrezca duda.

(Cayetano hace matís por don-
de salió.

CONDE.- Como el que no ayuda, estorba,
luego es espere en mi cuarto.

CABALLERO.- ¿Vuestra merced me perdona?
Es... un momento.

CONDE.- (Riendo) ¡El momento
tiránico de la repa!

(Desaparece el Conde de la
puerta. El Caballero entra
en la alcoba del fondo.

HONTENSIA.- Nedie, chica: ¡se marchó!
El marqués ya no atesora
más que años. No interesé.
El conde, sí.

DEYANIRA.- ¿X, de nosotras
se ocupará?

HONTENSIA.- ¿No lo oíste?
Le confesó nuestra historia,
perque es, mejor que engañarle,
que sepa que somos cómicas

necesitadas. Y, así,
ni tú pasas más congojas,
ni yo sufro sofocinas...
¡Que mira que me sofocas!

DEYANIRA.- ¿Y el conde, será obsequioso?

HORTENSIA.- ¿Pues, no has visto ya sus onzas?

DEYANIRA.- Dos... nada más.

HORTENSIA.- ¡Oye, oye!...

¿Cuántas querías, preciosa?

CONDE.-

(Entrando en el 'Aposento B',
(por la izquierda.

Divertido, ¡divertido!...

¿Queréis un rato de broma?

Pues os voy a presentar

la más extraña persona

que podéis imaginaros:

¡un caballero que odia

a las mujeres!

HORTENSIA.- ¿Qué dice?

¿Eso es posible?

CONDE.- ¡No consta!

HORTENSIA.- Conservará mal recuerdo
de alguna de esas... bribanas.

CONDE.- Nunca estuvo enamorado.

DEYANIRA.- ¡Qué horror!

CONDE.- Y tiene por norma
despreciar a las mujeres...
¡sin excepción!

HORTENSIA.- (¡Mira!) ¿Conque... a todas?
¿Y si yo me propusiera
que se cambiasen las tornas?

DEYANIRA.- Yo misma me atrevería
con él.

CONDE.- Si una de vosotras
quiere enamorarme, cuente
conque yo pongo una joya
de regalo.

HORTENSIA.- Si lo intento,
no lo he de hacer por tal cosa...
aunque estimesu fineza
en todo lo que suponga.
¡Pasaremos un buen rato,
señor Conde! (Con mimo)

...Ya que, a solas,
nos honremos solamente
con su amistad transitoria.

CONDE.- Es que... ¿sabéis? Yo aquí tengo

otra mujer que me roba
el seso. (Bajando la voz)

HORTENSIA.- ¡Mirandolina!

CONDE.- ¿Cómo?

HORTENSIA.- No puede ser otra.

CONDE.- (Imponiendo silencio)

¡Más bajo! ¡Diciere oírse.

HORTENSIA.- ¿Y qué tiene esa... señora?

(En voz baja)

CONDE.- (En bajo también)

En secreto calmaré
vuestro interés de curiosas.

(Y sigue hablando con ellas
(en voz apenas perceptible,
(mientras que en el "Aposento
(A", se presenta de nuevo el
(CABALLERO, ya con capa y som-
(brero, y, tras él, CAYSTANO
(con una maleta que deja en el
(suelo.

CABALLERO.- Ciérralo todo, y arregla,
como es de razón, la alcoba.
Y en cuanto hayas concluido,
le pides a la patrona
la cuenta de nuestros gastos...

(Dándole una bolsa con mo-
(nedas.

...y tú mismo se la abonas;
que, mientras tanto, yo haré
dos o tres visitas cortas
despidiéndome de amigos
que me obligan y me honran.

(Batis por la derecha)

CAYETANO.- Descuidad, señor.

(Al quedarse solo)

El diablo
con falda, le desazona.

HORTENSIA.-

(Siempre en voz baja)

Pero si esa mujer habla
con palabras engorrosas
y el marqués y a vos distingue
por igual. ¿No se os entoja
más liviana que discreta?

CONDE.-

Yo sólo os digo una cosa:
¡me gusta! ¡Me vuelve loco!

DEYANIRA.-

(Sincera)

¡Pues, andad!...

CONDE.-

(Siempre en bajo)

Lo cual no obsta
para que ya, en adelante,
no me olvide de vosotras.

(En el "Aposento A", Cayetano
(entra y sale en la alcoba y
(seca bultos que va cerrando
(y colocando convenientemen-
(te. En el "Aposento B", en-
(tra el CABALLERO, -por la iz-
(quierda-, que se detiene sor-
(prendido al ver al Conde con
(dos damas.

CABALLERO.- Perdon: vine engañado. Yo creía...

CONDE.- Pasad, amigo mío. Son señoras
de mi amistad, que vuestra señoría
de seguro ha de hallar contentadoras.

CABALLERO.- Bien; pero yo venía
sólo a decir adiós
a un amigo. Estas dos
distinguidas madamas me perdonen.
Marcho a Liorna... Es un asunto urgente

HORTENSIA.- ¿Os váis? (Como decepcionada)

DEYANIRA.- ¿Os váis? (Idem)

CONDE.- ¡Qué prisal

CABALLERO.- Me la imponen
negocios que surgieron de repente.

HORTENSIA.- ¡Qué decepción!

CABALLERO.- ¿Por qué?

CONDE.- (Por Hortensia) Le... baronesa,

sabiendo que vendría
a mi aposento vuestra señoría,
me acaba de decir: - "Nos... interesa
hablar con él, a solas, un momento."

HORTENSIA.- ¿A... solas?

(Como quien no recuerda haber
dicho tal cosa.)

CONDE.-

Tal dijisteis...

CABALLERO.-

(Sego) Pues lo siento

quédese el consultar para otro día.

CONDE.-

Yo invoco vuestra hidalga cortesía.

Damas que ruegan, sufren un dolor.

CABALLERO.-

(Cediendo mal de su grado)

¿Qué desean, entonces?

DEYANIRA.-

Yo, señor...

(No sabe seguir)

¡Empieza tú!

(A Hortensia)

HORTENSIA.-

Yo lo diré...

(Dice también y dice a Deya-
nira.)

No acierto.

CABALLERO.- ¿No pueden abreviar?

HORTENSIA.-

Me da... rubor.

CONDE.-

¡Entendí!.

CABALLERO.- ¿Entendido?

CONDE.- ¡Sí! Que advierto
que es mi presencia incómoda.

(A ellas) ¿No es cierto?
Vuelvo, señoras. Soy su servidor.

(Y se va por la izquierda)
HORTENSIA.- (Al Caballero, que permanece
de indéciso.

¿Nos... sentamos?

CABALLERO.- (Pasándose)

¡Janáse!

DEYANIRA.- ¡Ay, qué ajustes!

CABALLERO.- Al grano, al grano...

HORTENSIA.- ¡Miren qué galante!

CABALLERO.- Galante o no, ¡revienten de una vez!

HORTENSIA.- Pues... ¡figúrese que tenéis delante
dos damas desgraciadas...!
¡por sus maridos, ¡ay!, abandonadas!

CABALLERO.- ¿Quiénes son ellos?

HORTENSIA.- Hombres mal nacidos.

CABALLERO.- Y... ¿han huído?

DEYANIRA.- ¡Los dos!

HORTENSIA.- (Melodramáticamente)

¡Huyeron, sí!

CABALLERO.- (Encaminándose a la puerta)

¡Adiós!

HORTENSIA.- ¿Os vais?

DEYANIRA.- ¿Os vais?

CABALLERO.- (Ya en la puerta)

Tras los maridos,

¡que sin duda estarán lejos de aquí!

HORTENSIA.- ¡Por favor, ay de mí!

DEYANIRA.- ¡Ay de mí, por piedad!

(El Caballero vuelve)

CABALLERO.- Mirad, señoras, busquen otro cuento,
que éste es de respetable antigüedad.
¿Sois desgraciadas? Mucho lo lamento;
pero ante todo es mi tranquilidad.

HORTENSIA.- (Cambiando de tono)

¡Tenéis razón! ¡Se terminó el engaño!

CABALLERO.- ¿Cómo?

HORTENSIA.- ¡Fuera caretas, Deyanira!

El señor hace bien en ser hurado...

¡porque nos pega así nuestra mentira!

CABALLERO.- ¿Qué decís?

HORTENSIA.- Que nosotras solamente
somos dos comediantas...

CABALLERO.- (Cortándole) ¡Qué alegría!

DEYANIRA.- ¿No os enfedáis?

CABALLERO.- ¿Por qué? ¡Si sois la gente que más me convenía!
Sé que fingís, y vivo prevenido contra vuestra constante sutileza.

(A Hortensia)

¿Qué tal, Doña Sincera? ¿Y tu marido?

(A Deyanira)

¿Y qué es del tuyo, Doña Buena Fieza?

DEYANIRA.- (Asustada)

¡Caballero!...

CABALLERO.- ¡Qué bien que nos burlemos, en las comédias, de los caballeros!

HORTENSIA.- ¡Señor! (También perpelia)

CABALLERO.- ¡Con qué candor los manejaos, y los llamamos amos...

¡y los tratamos como a perdidoseros!

HORTENSIA.- (Queriendo echarlo a broma y cogiéndole de un brazo.)

¿Os burláis?...

CABALLERO.- (Zafándose)

¡Quiétoite, señorita!

¡Siga la farsa!

HORTENSIA.- ¿Yo?

CABALLERO.- ¡Qué mal pintada

Para fingir una angustiosa cuita!

¡No servís para nada!

HORTENSIA.- ¿Y sois vos el cumplido caballero?

CABALLERO.- ¿Y tú, la comiquilla inteligente?

DEYANIRA.- ¡En mi vida vi hombre más grosero!

CABALLERO.- ¡Ni yo una hembra más impertinente!

DEYANIRA.- ¿Impertinente, yo?

CABALLERO.- ¡Y embrolladoro!

HORTENSIA.- ¿Yo, comiquilla?

CABALLERO.- ¡Remilgado y feal!

HORTENSIA.- ¡No puedo más! ¡Me voy!...

CABALLERO.- ¡En buena hora!

DEYANIRA.- ¡Anno!

CABALLERO.- ¡Locos!

HORTENSIA.- ¡Qué horror!

LAS DOS.- (Haciendo sentis por la izquierda.)

¡Maldito sea!

- M U S I C A -

CABALLERO.- (Riendo)

¡Já, já, já, já, já, já!

¡Buena lección!

¡Ya vuelve a ser aquel!

¡Vuelve a ser yo!

Las pobres pagaron
la culpa de Xtofo.
Dirán que soy tigre,
dirán que soy ogro...

Mas, vuelvo a ser aquel.

¡Vuelvo a ser yo!

¡Já, já, já, já, já, já!...

MIRANDOLINA.-

(Apareciendo en la puerta
de la izquierda.)

¡Qué buen humor!

CABALLERO.-

(Presionado con esta ap-
arición, que no esperaba.)

Mirandolina, ¿vos aquí?

MIRANDOLINA.- ¡Ay, caballero, perdonad!

Porque la cuenta se pidió...

(Tristemente)

...y aquí es la trece ya.

CABALLERO.-

¿La cuenta? Sí; tenéis razón.

Yo la he pedido; dadme acá.

(Mirandolina se la entrega)

Mas, ¿qué tenéis? ¿Por qué lloráis?

MIRANDOLINA.- No es nada de particular.

CABALLERO.-

(Leyendo)

¿Cuánto es la cuenta?

¿sólo diez liras?

Es muy barato.

¡No puede ser!

MIRANDOLINA.- Esa es su cuenta.

CABALLERO.- Fué más del doble
lo que he gastado
sólo en comer.

MIRANDOLINA.- Queda tranquilo
su señorío;
que esta es su cuenta
justa y cabal.
Lo que yo hice
no tiene precio...
¡No tiene precio
la voluntad!

(Simule llorar otra vez ro-
(signadamente.

CABALLERO.- ¡Es inaudito!...
Pero, ¿qué os pasa?
Tomad dos doblas...

MIRANDOLINA.- (Al tomarlas)
¡Y os vais de aquí!...

CABALLERO.- Me voy muy lejos.

MIRANDOLINA.- (Desfalleciendo)
Sed muy dichoso.

CABALLERO.-

(Acudiendo en socorro de ella,
(que vacila.

¡Mirandolina!...

MIRANDOLINA.-

¡Pobre de mí!

(Y se desmaya,- finge que se
(desmaya,- en sus brazos.

CABALLERO.-

(Confuso)

Se ha desmayado... ¿Qué hago yo?

¡Qué sofocón!

(Mirándola)

¡Qué linda es!

¡Qué piel la suya! ¡Y qué lunar!
Jamás en esto me fijé.

¡Qué palpitó de emoción!

¿Esto es amor? Bien puede ser.

¿Se enamoró quizás de mí...

o yo, quizás, me enamoré?

Pero no vuelve.

(Le salpica la cara con agua
(de uno de los vasos. Pero
(ella, que sigue "desmayada"
(se conmueve cómicamente.

¡Mirandolina!...

(Llamando a gritos)

¡Hola, criados!

CAYETANO.-

(Por la izquierda)

¡Llamáis, señor?

CABALLERO.-

¡Se ha desmayado!

CAYETANO.-

(Fara sí)

¡Qué hombre de suerte!

CABALLERO.-

Dame más agua.

CAYETANO.-

(Dándosela)

¡Pues no que no!

CONDE y
MARQUÉS.-

(Saliendo por la izquierda)

¿Qué es lo que pasa?

CABALLERO.-

(Cada vez más asustado)

¡Se ha desmayado!

FABRICIO.-

(Saliendo por la izquierda)

¿Qué es lo que ocurre?

CABALLERO.-

Pues, ¿no lo véis?

¡Se ha desmayado!

FABRICIO.-

¡Fobre Fabricio!

CONDE.-

¡Cándido Conde!

MARQUÉS.-

¡Fobre Marqués!

MIRANDOLINA.-

(Alzando la cabeza y abriendo los ojos.)

¡Qué dulce encanto!

CABALLERO.-

¡Ya se despierta!

MIRANDOLINA.-

(Feliz)

¡Qué lindo sueño!

MARQUES)

CONDE) - Ya vuelve en sí!

FABRICIO)

CAYETANO.- ¿Traigo más agua?

CABALLERO.- Ya no es preciso.

(Cayetano se va por la puerta de la izquierda.)

¿Qué es todo esto?

MARQUES)

CONDE)- ¡Pobre de mí!

FABRICIO)

- U N I S -

== ==

MIRANCOLINI.- ¡Qué dulce encanto!

¡Qué lindo sueño!

(Ya está en mis redes su corazón.)

¡Ya está cautivo mi caballero, sin darse cuenta de que cayó!

CABALLERO.- (¿Qué es lo que siento que me devora?

¿Qué sed traidora me aprisionó?

Algo que nunca
tuve hasta ahora;
pero que abrasa
mi corazón.)

MARQUES)
CONDE)
FABRICIO)

¿Qué es lo que he visto?

¿Qué es lo que pasa?

¿Esto es comedia
o esto es amor?

Mae, por la cara
del caballero,
no cabe duda
de que cayó.

TODOS.-

(Cada uno en su situación)

¡Qué maravillas
hace el amor!

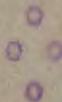
(Durante el "unio", ha apare-
(cido CAYSTANO en el "Aposento
(A" y empieza a abrir maletas
(y sacar ropas. El cuadro, en
(el "Aposento B", es el si-
(guiente: El Caballero, senta-
(do en una silla; ella, mirán-
(dole satisfecha, con aire de
(triunfadora; y el Marqués, el
(Conde y Fabricio, juntos, con-
(solándose mutuamente.

TELON

Guillermo Fernández-Shaw.

MIRANDOLINA

ACTO TERCERO



ACTO TERCERO

Cuarto de plancha en la posada de Mirandolina. Una entrada por el foro y otra por el lateral de la izquierda. Sobre las cortinas que, como en el resto de la obra, constituyen las paredes de la habitación, hay "aplicaciones" de tul blanco, que completan la sensación de limpieza y optimismo que emana de la figura de la posedera. Dos mesas largas de plancha forman ángulo recto entre sí, pero dejando paso entre ellas: una, a la derecha, perpendicular a la batería; la otra, -paralela a ésta, naturalmente,- llega, en segundo término, hasta la puerta central del fondo. A la izquierda, un armario alto y varios escabeles, en los que hay, apiladas, sábanas, toallas, fundas y otras piezas de ropa blanca de casa. Otros escabeles, libres, distribuidos por la escena.

(MIRANDOLINA plancha sfa-
(nosamente tras la mesa que
(de frente al público. En la
(otra mesa, HERTENSIA y DEYA-

(MIRA, vestidas con trajes
(claros, planchan también. Te
(frente de ellas, FABRICIO se
(ocupa en ir guardando en el
(armario la ropa ya planchada,
(que toma de las mesas.

- M U S I C A -

MIRANDOLINA.-

Cuando la pena
te aflige, cruel,
sólo te queda
un remedio: ¡planchar!

(Apoya esta última palabra
(con dos enérgicos golpes
(de plancha sobre el tablero
(de la mesa.

Y, si la rabia
se adueña de ti,
la medicina
no es otra: ¡planchar!

Todos los males
del corazón.
las planchadoras
los curan igual.

(Sale de detrás de la mesa pa-
(ra ayudar a Fabricio a esti-
(rar una sábana antes de plan-
(charla.

Al estira y encoge

perdí mi caudal;
Al estira y encoge
lo he vuelto a ganar.

Al estira y encoge
mi orgullo jugó;
y, por poco, por poco,
me quedo sin él.

LOS DEMÁS.-

Al estira y encoge
su orgullo jugó;
y, por poco, por poco,
sin él se quedó.

(Después de jugar con Fe-
(bricio estirando y doblando
(la sábana, vuelve Mirandoli-
(na a su tarea.

MIRANDOLINA.-

Cuando la risa
te quiera vencer,
es tu supremo
recurso ¡planchar!

(Esta vez los dos golpes con-
(sabidos los dan, también con
(sus planchas, Hortensia y
(Deyanira.

Y, si la estacia
te obliga a fingir,
no dudes nunca:

¡planchar y planchar!

(Idem las tres mujeres cuatro
golpes de plancha.

TODOS.-

Todas las burlas
del corazón
las planchadoras
las juegan igual.

MIRANDOLINA.-

(Sale al centro de la escena
con las otras dos mujeres.
(Y ellas, en unión de Fabri-
cio, estiran y doblan otra
sábana, cogiendo, cada uno
de los cuatro, una de las
puntas del lienzo.

Al estira y encoge
perdí mi caudal;
al estira y encoge
lo he vuelto a ganar.

Al estira y encoge
mi orgullo jugó,
y, por poco, por poco,
me quedo sin él.

LOS DEMÁS.-

Al estira y encoge
su orgullo jugó,
y, por poco, por poco,
sin él se quedó.

TODOS.- ¡Al estira y encoge
se juega el amor!

=====

- H A B L A D O -

MIRANDOLINA.- Ya se enfriaron las planchas.
Gracias por vuestro servicio.

HORTENSIA.- ¿Hay más sábanas, camisas,
toallas?

MIRANDOLINA.- Bastante ha sido.
Pagásteis vuestro hospedaje
con trabajo, y me imagino
que la amistad con el conde
no ha sido tiempo perdido.

DEYANIRA.- ¡Ay! Eso de ser señoras
era un cuento muy bonito.

HORTENSIA.- ¡Otra vez a las carretas!

DEYANIRA.- ¡Otra vez a los caminos!

HORTENSIA.- Pero el Autor nos reclama!

MIRANDOLINA.- Cada cual vaya a su oficio;
que yo, con este que tengo,
muy contenta me resigno.

HORTENSIA.- ¿Hasta otra vez?

MIRANDOLINA.- Hasta otra.

¡Acompáñalas, Fabricio!

Y tráeme ya la otra plancha
caliente, del infiernillo;
porque ha de tener final
aquello que hubo principio.

(Hortensia y Deyenira, segui-
das de Fabricio, se van por
el foro. Mirandolina toma una
camisa de un escabel y la sol
pica con agua, sobre la mesa,
mientras que habla consigo.

Parece que el mozo anda
preocupado y desabrido.
No le gustó la lección
al caballero. Está visto:
como le quiero... y lo sabe,
no comprende mis distingos.
¡Ay, qué hombres! Con los hombres,
ipeor cuanto más cariñol.

(Aparece por la puerta del
fondo CAYETANO, a quien Mi-
randolina no ve. Solamente
oye su voz.

¿Qué? ¿Ye está bien calentita
la plancha?

(Nueva tos de él)

Pues, ¡vaya un hipol!

¿Se te pasó ya el enfado?

(Siempre sin mirarle)

¡Qué dices?... ¡Revienta, hijo!
que parece que esta tarde
te has tragado el molinillo.

(Vuélvase a él, y advierte
la presencia de Cayetano.)

¡Ay, perdón! Hablaba sola...

CAYETANO.-

(Cazurro)

Ya lo ví: ¡con los espíritus!

MIRANDOLINA.- ¡A qué vienes? (Ya repuesta)

CAYETANO.-

¡Yo? De parte

de mi amo.

MIRANDOLINA.-

¡Mi enemigo!

CAYETANO.-

Si, si... ¡Enemigos de esos
me dan a mí los domingos!

Tomad: un frasquito de oro.

El licor de este frasquito
quiere mi señor que os sirva,
para vuestro mal, de alivio.

MIRANDOLINA.- Ya estoy bien.

CAYETANO.-

Doce ceques

le costó; porque yo mismo
lo compré en la joyería.

¿Os reis?

MIRANDOLINA.-

¡Claro! Me río

porque me manda el remedio
cuando el mal ha concluido.

CAYETANO.- Pero, otra vez...

MIRANDOLINA.- Beberé
por precaveme.

(Bebe un poco del frasco)

¡Exquisito!

Toma... ¡y mil gracias!

(Se lo devuelve)

CAYETANO.- ¡Perdón!

¡El frasco es vuestro!

MIRANDOLINA.- ¿Que es mío?

¡Devuélvelo!

CAYETANO.- ¡No, señora!

¡Si ex profeso lo he adquirido
para vos!

MIRANDOLINA.- ¡Pues, no lo quiero!

(Vuelve FABRICIO, que queda
escuchando en la puerta del
fondo con una plancha en la
mano.)

CAYETANO.- Es que mi señor me ha dicho
que se lo deje; y, si vuelvo
con él, ¡me lisió!

MIRANDOLINA.- Y yo digo
que no lo tomo. ¿Te enteras?

CAYETANO.- Si, señora. (Contándole)

MIRANDOLINA.- Y, de camino,
podrías llevarte el árnica
que guardo en otro frasquito.

CAYETANO.- Gracias. Para eso, ¡ya tengo
un arsenal prevenido!

(Matis por el foro de Cayeta-
(no. Fabricio, que había sido
(levantado unos pasos, le deja
(ir. Luego, muy serio, se di-
(rige a Mirandolina.

FABRICIO.- Aquí está la plancha.

MIRANDOLINA.- (Contándole) ¿Quemas?

FABRICIO.- ¡Así me abrasara vivo!

MIRANDOLINA.- ¿También quemado?

FABRICIO.- El... señor
comienza con regalitos...
¿no es eso?

MIRANDOLINA.- Precisamente:
me regalaba, muy fino,
un frasco... que le he devuelto,
porque, ¡bueno, no es preciso
explicártelo!... Me gusta
que no sufras lo más mínimo.

FABRICIO.- ¿Yo? ¿Os importa que yo sufra?

MIRANDOLINA.- (Foriándose a planchar)

Ande... Deja...

FABRICIO.- No es impido.

MIRANDOLINA.- Quiero de ti...

FABRICIO.- (Ilusionado) ¿De verdad?

MIRANDOLINA.- Quiero... (Hece como que duda)

FABRICIO.- ¡Dadid sin ramilgos!

MIRANDOLINA.- ¡Que vyas por la otra plancha,

y así de una vez terminel!

No te posará. (Cocusta)

FABRICIO.- Es posible.

(Decidiéndose)

I, si me pesa, es lo mismo.

(Íntis por el foro)

MIRANDOLINA.- ¿Hego bien? ¿Me porte mal?

¿Me luero? ¿Me perjudico?

¿Mi corazón es sincero?

¿Mi corazón... es un mito?

¡Ay! Si triunfa mi amor propio

de mujer... ¡el mundo es mío!

(Por la izquierda aparece el
(CABALLERO.

CABALLERO.- Mirandolina...

MIRANDOLINA.- (¡Aquí está!)

CABALLERO.- ¡Mirandolina!... (Suplicante)

MIRANDOLINA.- (¡Qué fino!)

CABALLERO.- ¿Cómo estáis, Mirandolina?

MIRANDOLINA.- ¡Yo? Muy bien: para serviros.

(Sigue planchando)

CABALLERO.- Yo estoy... quejoso.

MIRANDOLINA.- Eso es
que os duelen los intestinos.

CABALLERO.- ¡Yo no tengo tales cosas!

MIRANDOLINA.- ¡Perdón! No es ningún delito.

CABALLERO.- Yo tengo... quejas de ves.

MIRANDOLINA.- ¿Por qué?

CABALLERO.- Por el botecillo
que habéis refusedo.

MIRANDOLINA.- (Siempre sin mirarle y plan-
chando.

¿De veras?

¿Y qué iba a hacer, señor mío?

CABALLERO.- Usarlo.

MIRANDOLINA.- No es mi costumbre.
Nunca me dieron vedidos
hasta hoy.

CABALLERO.- ¿Y vos... tenéis?...

MIRANDOLINA.- Que haya sido vuestro vino.

(Planchando con rabia)

¡Ese vino del diablo!

¡Ese Borgoña maldito!

CABALLERO.- (Mortificado)

¿Mi vino? ¿Cómo es posible?

MIRANDOLINA.- Algo le echásteis maligno.

CABALLERO.- (Pretestando)

¡Oscuro, Mirandolina!...

MIRANDOLINA.- ¡Bien! Mas tened entendido
que no vuelvo a vuestro cuarto.

CABALLERO.- ¿Y... si en serio os lo suplico?

(Amorosamente)

Volved... y saldréis contenta.

MIRANDOLINA.- ¡Qué horror! ¡Nunca más!

(Llamando hacia el fondo)

¡Fabricio!

CABALLERO.- Miradme, el nanos!

MIRANDOLINA.- No puedo.

Cuando acabe estos visillos...

CABALLERO.- ¿Qué? (Acercándose; confiado)

MIRANDOLINA.- ...Me esperan estas fundas.

(Vuelve a llamar)

¡Fabricio! (Al Caballero)

Pero, ese chico

se ha olvidado de mis planchas
y de que lo necesito.

CABALLERO.- Mirandolina, aceptad
el frasco.

(Ella niega con la cabeza)

Que yo os he visto

tomar regalos del conde.

MIRANDOLINA.- ¡Ah! Del conde, sí. ¡Es distinto!

No podía disgustarle.

(Plancha)

CABALLERO.- ¿Y a mí, sí? No me lo explico.

MIRANDOLINA.- Porque a vos nada os importa
las mujeres.

CABALLERO.- (Enérgico) ¡Ya no digo
tales simplezas!

(Ella ríe alborotadamente)

¿Se ríe?

MIRANDOLINA.- No es demasiado castigo.

CABALLERO.- ¿No tomáis el frasco?

MIRANDOLINA.- ¡No!

CABALLERO.- ¿Y... si me enfado?

MIRANDOLINA.- ¡Es lo mismo!

CABALLERO.- (Poniendo el frasquito sobre
la mesa.

¡Tomadlo ya!

MIRANDOLINA.-

(Con la cara vuelta hacia
el fondo.

¡La otra plancha!

¡Vamos! ¡Aprisa!

(Joga el frasco y lo arroja
con desprecio al cesto del
planchado.

¡Al cestillo!

CABALLERO.- ¿Así lo tiráis?

MIRANDOLINA.-

¡Fues claro!

CABALLERO.- ¿Así me ojetináis?

MIRANDOLINA.-

(Más fuerte) ¡Fabricio!

- M U S I C A -

(Aparece FABRICIO por el
fondo con otra plancha en
la mano.

MIRANDOLINA.-

¡Vamos, hombre!

¡Qué agonia!

Tal pereza

nunca vi.

CABALLERO.-

(Otra vez
el camarero.)

FABRICIO.-

(¡Otra vez
este hombre aquí!).

MIRANDOLINA.-

¿Y la plancha?

FABRICIO.-

Ya os la traigo.

(Déndosela)

MIRANDOLINA.- ¿Bien caliente?

FABRICIO.- Así, así...

MIRANDOLINA.- ¿Qué te pase?

¿Te quemaste?

FABRICIO.- ¡No hay remedio
para mí!

Dadme pronto
la otra plancha.

MIRANDOLINA.- No, Fabricio:
serio estás.

CABALLERO.- ¡Vámon! Dadle
la otra plancha,
¡y a ver si nos
deja en paz!

MIRANDOLINA.→ ¡Acercándose tiernamente al
(Caballero; pero diciendo to-
(de de modo que lo oiga con
(preferencia Fabricio.

Es mi persona de confianza,
mi consejero, mi ángel guardián;
desde chiquitos nos conocemos...
Soy su perrillo... ¡No es digo más!

CABALLERO.- Nunca pensara que un camarero

en mi camino fuese un rival.

¡Ay! No miradme con esos ojos:

¡que yo, de celos, no puedo más!

FABRICIO.-

(Al Caballero)

¿La habéis oído?

MIRANDOLINA.-

¡Calla, también!

Que tú otros cuentos
debes saber.

(Se acerca mimosa a Fabricio,
y canta pero que le oiga el
Caballero.)

¡Benditos sean los caballeros
de insobornable severidad!

¡Estos son hombres como es debido!

¡No, monigotes sin voluntad!

FABRICIO.-

¡Ay, mi señora, que no os entiendo!

¿Con cual de entrambos queréis jugar?

MIRANDOLINA.-

(Apertándose de Fabricio y
yendo al centro de la esce-
na.)

Dulce Fabricio, gentil hidalgo:

¡qué par de bobos! Pero... ¡qué par!

CABALLERO.-

(Acercándose a ella, conquista-
dor.)

Me vencisteis:

yo os adoro.

(Intenta abrazarla)

MIRANDOLINA.-

(Poniendo la plancha por medio.)

¡Quieto! ¡Quieto!

CABALLERO.- ¡Me abrasó!

MIRANDOLINA.- ¡Ay, Jesús!

Fué sin pensarlo:

¡perdonadme!

CABALLERO.- No hay por qué.

(Se retira dolorido)

FABRICIO.- Ya no aguanto
más comedia.

(Intenta coger del brazo a
Mirandolina, para arrastrar-
la consigo.)

¡Poco a poco!

FABRICIO.- ¡Me quemó!

MIRANDOLINA.- ¡Pobrecillo!

¿Te hice daño?

FABRICIO.- No me explíco
qué intentó.

(Se retira de ella dolorido y
se enfrenta con el Caballe-
ro.)

¿Qué os sucede?

CABALLERO.- ¿Qué te ocurre?

FABRICIO.- ¡Esa ingrata!...

CABALLERO.- ¡Esa mujer!...

MIRANDOLINA.- (Deja caer al suelo uno de sus manguitos.

¡Mi manguito!

LOS DOS HOMBRES.- ¡Su manguito!

(Acuden a la vez a recogerlo)

CABALLERO.- (Que se ha hecho con él)

Recogerlo

es mi deber.

(Se lo entrega.- Fabricio se desespera y va hacia un ex-treno, mientras que el Caballero, ufano, marcha hacia el opuesto. Mirandolina queda en el centro de la escena.

MIRANDOLINA.- Siento respeto por mis señoras;
con mis criados tengo amistad.

CABALLERO.- (Volviendo a ella)

Amor ofrezco; ¡piedad es pedir!
¡Amarme es obra de caridad!

MIRANDOLINA.- (faseándose y llevando tras sí al Caballero, como un perrillo, mientras que Fabricio se pasea en sentido inverso por el foro.

El enemigo de las mujeres

no es hombre digno de compasión.
Si sus palabras son amorosas,
es que me odia en corazón.

(Desesperado, el Caballero va
(ahora hacia el fondo. Fabri-
(cio baja a unirse con Miran-
(dolina.

Vamos, Fabricio, que la cocina
marca las horas de mi deber.

FABRICIO.- Pero, ¿el planchado ya no os inquieta?

MIRANDOLINA.- Plancha que plancha, yo plancharé.

(Deja la plancha en la mesa
(y se prende del brazo de
(Fabricio.

Muy buenas tardes, buen caballero.

(Saludándole con una reverencia
(cia. El se detiene.

CABALLERO.- ¿Mi afán vehementemente dejes así?

MIRANDOLINA.- ¡Muérete y muere, reviento y rabia!

(Al Caballero otra vez, hacien-
(do mutis por el foro, del
(brazo de Fabricio.

~~WILSON NAVARRE FERNANDEZ SHAW~~

¡Nadie ha mendado jamás en mí!

=====

- H A B L A D O -

(El Caballero queda un mo-
(mento perplejo, dando fren-



(Va a la puerta del foro.
(Luego reacciona e inicia el
(salta por la izquierda, a
(punto de que, por este lado,
(llega el MARQUES.

CABALLERO.- ¡Mujer indigna! Foro, poco puedo,
o tus astucias he de castigar.

(Al ver al MARQUES)

¿Vos, aquí?

MARQUES.-

¿Vos, aquí?

CABALLERO.-

(Malhumorado)

¿Qué es este enredo?

¿A qué venía, marqués?

MARQUES.-

A... ver planchar.

A lo que vos.

(Viendo aparecer al CONDE,
(también por la izquierda.

Y a lo que el conde viene.

Como a los dos chilló Mirandolina,
nada de extraño tiene

que busquemos los dos la medicina
de su mirada y de su voz. Nos pasa
lo mismo, ¡lo mismísimo!, que a vos.

CABALLERO.- ¡No os entiendo!

CONDE.-

¡Clarísimo, por Dios!

Que, en la red de la duéña de esta

casa,

os véis... lo mismo que nosotros dos.

CABALLERO.- Es mucho suponer.

CONDE.-

Y es arriesgado
mofarse de flaquezas y pasiones
y ser luego un vulgar enamorado,
decidido a robar los corazones
como se intenta un robo en despoblado.

MARQUES.- ¡Bien dicho, si señor!

CABALLERO.-

(Al Marqués) Yo no tolero
tal lenguaje.

CONDE.-

Soy yo quien os increpa.
¿Acaso es avergüenza, caballero,
que esta traición que cometéis se se-
¡Sentís amor por ellos! po?

CABALLERO.-

¿Yo? ¡Mentís!
No me importa un ardite esa mujer.

CONDE.-

¿Y... si yo la ofendiese?

CABALLERO.-

(Sin poder contenerse)
¿Qué decís?

¿Sabría a vuestra ofensa responder!

CONDE.-

Estáis enamorado... ¡y sois traidor!

CABALLERO.-

(Apoderándose de la espada
(del marqués, con vaina y
todo.

¡Dadme la espada!

MARQUES.-

(Protestando)

¿Qué manera es ésta?

CONDE.-

(Desenvainando la suya)

¡Bravo! Batonaca... ¡probad vuestro valor!

CABALLERO.-

(Intentando inutilmente sacar la espada de la vaina.)

¡Maldita espada!

(Párese) ¡Ya os daré respuesta!

(al Marqués)

¿Qué tiene que se agarra y que no sale?

MARQUES.-

Que no os conoce...y que estará asustado.

CONDE.-

¡Vamos! (Impaciente)

MARQUES.-

¡Vamos!

CABALLERO.-

¡Ya está!

(Saca la espada, que sólo tiene media hoja.)

MARQUES.-

(Respirando)

CABALLERO.-

(Por fin! Más valiente!)
(Que ha caído en guardia y
¡ve ahora el arma.)

Pero, ¿qué es esto?

MARQUES.-

¡Se rompió mi espada!

CONDE.-

¡Vulgar comedia!

(Ríe provocativo)

MARQUES.-

(Hando explicaciones)

La rompí en un duelo!

¡Recuerdo ahora!

CABALLERO.-

(Decidido)

¡Voy por otra más!

CONDE.-

¡Id pronto, si queréis, pues juro al
que no esperaba tanta cobardía. Cielo

CABALLERO.-

¡Cobardes, yo?

(Irritado)

CONDE.-

¡Puesto que más!... Se nota
que sentís impaciencia por marcharos.

CABALLERO.-

¡Satisfacción entonces voy a daros
con esta espada rota!

(Avanza amenazador hacia el
Conde, que se ha puesto tam-
bién en guardia.

¡Defendedos!

CONDE.-

¡Atrás!

MIRABOLIN.-

(Que ha aparecido por el for-
do.

¡Alto, señores!

En casa honesta, ¿qué disputa es ésta?

CABALLERO.-

(Deteniéndose, al verlo)

(¡Ah, maldita!)

CONDE.-

(Llam)

(¡Ah, ingrata!)

MARQUESA.-

En casa honesta,

por vuestra causa, dos adoradores
¡van a matarse!

CABALLERO.-

¿Enamorado, yo?

¡Digo otra vez que no!

MIRANDOLINA.- ¡Y tiene la razón el caballero!

El señor conde sí que se engañó;

pues... ese medio acero

no salió a relucir en mi defensa,

sino más bien por castigar la ofensa

que a su saer propio el conde le infi-

rió.

rió.

(Al Caballero)

CABALLERO.-

(Confuso)

No lo sé...

MIRANDOLINA.-

Todo se explica.

¿El señor caballero, enamorado?

El lo niega, y así me mortifica

en público y privado.

Confieso que si hubiera conseguido

enamorarlo, fuese gran proeza.

Patentes su constancia y mi flaqueza,

sólo quedan mi espíritu vencido

y su triunfante y sólida entereza.
Nada logró. ¿No es cierto?

CABALLERO.- (Como antes) No lo sé...

CONDE.- Pero... ¿dónde?

MARQUES.- Y quien así recola...

CABALLERO.- (Al Marqués, irritado)

¡Cállese ya, si puede, su merced;
que nadie en este entierro le dió vela!

MARQUES.- ¡Siempre me atropelláis!

MIRANDOLINA.- El caballero

jamás de las mujeres se enamora.
Y no iba a hacer una excepción ahora,
dejándose engañar como un faldero,
por una servidora.

El señor sabe lo que son vehidos
más o menos fingidos.

CABALLERO.- (Esportáneo) No sabía...

¡Si lo llege a saber!...

MIRANDOLINA.- ¡Calma, señor!

Porque van a creer que todavía
víctima séis de inconfesable amor.

CONDE.- (Por el Caballero)

Su amor asoma por sus ojos.

MARQUES.- ¡Cierto!

CABALLERO.- (Con indignación, siempre al Marqués.)

Pues, no saber; ¡no estoy enamorado!

MARQUÉS.- ¿Otra vez?

MIRANDOLINA.- (Con energía)

¡No lo está! Y yo es advierto que, a pesar de su enfado, jamás fueron tan claras su firmeza ni su interior reposo.

Si no es enamorado, no es celoso.

CONDE.- ¡Claro!

MIRANDOLINA.- Para un amante es un suplicio ver que su amada acepta como esposo al hombre que tenía a su servicio. Y aquí veréis...

CABALLERO.- (Alterado) ¿Qué pretendéis?

MIRANDOLINA.- (Ilusando) ¡Fabricio!

CONDE.- ¿El camarero?

MIRANDOLINA.- ¡El camarero!

(Aparece FABRICIO por el foro.)

¿Es cosa que os extrañe? Mi padre lo quería, ¡y a Fabricio me entregue por esposo! ¿Lo oyes, Fabricio?

FABRICIO.-

¡Por ventura mía!

CABALLERO.-

(¡Ay de mí! ¡Que yo sufra tal afrenta!)

CONDE.-

(Sin duda lo prefiero;

prueba que ella no quiere al caballero,

y lo desáa...ya corre de mi cuenta.)

MARQUES.-

(Del mal, el menos)

MIRANDOLINA.-

¿Es algún delito?

¿Nada decís?

MARQUES.-

Contad con mi presente.

CONDE.-

Con el mío también. Os felicito
cordialísimamente.

MIRANDOLINA.-Gracias, gracias.

(A cada uno)

Fabricio, agradecido,
os prometo su prenda de amistad.

(Con aparente ingenuidad,
acercándose al Caballero.

¿Hago bien, caballero? ¡De verdad!

¿Hago bien en tomarlo por marido?

- M U S I C A -

CABALLERO.-

(Se aparta dignamente de ella,
(y enfrentándose con la que
(es, desde este momento, me-
(vemente su enemiga, dice co-
(mo en un apóstrofe:

¡Sí, mujer!

¡Cásate con quien quieras!
Te envaneces
de haberme humillado.

Mercedes
que yo te pagase
con el filo
de un fiero puñal.

Mercedes
que yo te arrancase
el cruel
corazón de tu pecho,
y en seguida
que se lo mostrase
a las hembras
que son de tu igual.

- -

Mas esto sería
doble humillación.
Huyo de tus ojos,
de tus fingimientos
y de los engaños
de tu corazón.
Conozco en mal hora
todo tu poder;

toda la perfidia
que bajo la capa
de sutil encanto
guarda la mujer.

- -

Quédate
con la miel deliciosa
que a mis labios,
artera, acercaste;
quédate
vencedora del hombre
que por algo
tus artes temió.
No me basta,
mujer, con odiarte:
¡Debo huir
de tus garras temibles!
Porque sé
que, siguiendo a tu lado,
¡dejaría
de ser quien soy yo!.

(El Caballero hace mutis por
la izquierda.)

=====

(SIGUE LA MUSICA)

CONDE.- Que diga ahora
que sus palabras
ni son despecho
ni son amor.

MIRANDOLINA.- Callen, señores;
ya se ha marchado.

MARQUES.- Si no se marcha,
¡lo arreo yo!

MIRANDOLINA.- Esta es mi mano,
mi buen Fabricio.

FABRICIO.- Antes, señora,
quiero aclarar
si, de estos juegos
y de estas bromas,
malas costumbres
os quedarán.

CONDE.- Noze o casada,
Mirandolina,
yo seré el mismo
cerca de vos.

Contad con ciento
cincuenta escudos.

MARQUES.- Contad con toda
mi protección.

MIRANDOLINA.- No necesito
de protectores.
Otra ponada
debéis buscar.

FABRICIO.- Eso me gusta:
ya es otra cosa!
Ya, satisfecho,
voy al altar.

MIRANDOLINA.- (Se prende del brazo de Fabri-
cio y dice a éste y los dos
Cristóbalistas:

Al estira y encoge,
jugué mi caudal.
¡Al estira y encoge,
lo he vuelto a ganar!

LOS TRES.- Al estira y encoge
su fama jugó.
¡Y al final han vencido
su orgullo y su amor!

MIRANDOLINA.- ¡Al final han vencido
mi orgullo y mi amor!

(Inicia un ceremonioso paseo
(del brazo de Fabricio, reci-
(biendo el ceremonioso salu-
(do del Conde y el Marqués,
(mientras que desciende por
(última vez la cortina.

FIN DE LA OBRA.

CARMEN MORENO
COPIAS TEATRALES
MURCIA, 26 Teléf. 77488
M A D R I D

